

La prosa de la contrainsurgencia	Título
Guha, Ranajit - Autor/a;	Autor(es)
Pasados Poscoloniales	En:
	Lugar
CEAA, Centro de Estudios de Asia y Africa El Colegio de México	Editorial/Editor
1999	Fecha
	Colección
Historiografía; Contrainsurgencia; Colonialismo; Feudalismo; Historia; Campesinos; India;	Temas
Capítulo de Libro	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Mexico/ceaa-colmex/20100410113135/guha.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO
<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)
Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)
www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



LA PROSA DE LA CONTRAINSURGENCIA¹

Ranajit Guha

Universidad Nacional de Australia

I

Bajo el Raj, cuando un campesino se rebelaba en cualquier tiempo o lugar, lo hacía necesaria y explícitamente violando una serie de códigos que definían su propia existencia como miembro de aquella sociedad colonial, y aún en gran medida semifeudal, pues su condición subalterna se materializaba en la estructura de la propiedad y era institucionalizada por la ley, santificada por la religión y hecha tolerable — e incluso deseable— por la tradición. De hecho, rebelarse significaba destruir muchos de estos signos familiares que este campesino había aprendido a leer y manipular para extraerle un significado al duro mundo que lo rodeaba y poder aceptarlo. Bajo estas condiciones, el riesgo que se corría al *turn things upside down*² realmente era tan grande que el campesino difícilmente emprendería semejante proyecto impensadamente.

En las fuentes primarias de evidencia histórica nada hay que plantee algo diferente a lo anterior. Dichas fuentes desmienten el mito, vendido con tanta frecuencia por escritos irresponsables e impresionistas sobre el tema, según el cual las insurrecciones campesinas eran asuntos puramente espontáneos y no premeditados. La verdad es bastante distinta. Sería difícil citar una sola revuelta de alguna escala significativa que de hecho no haya estado precedida sea por tipos de movilización menos militantes —cuando se habían tratado otros medios y no habían dado resultados—, sea por deliberaciones entre sus jefes para sopesar seriamente los pros y los contras de recurrir en algún momento a las armas. En acontecimientos tan diferentes unos de otros en cuanto al contexto, el carácter y la composición de los participantes, tales como el *dhing* de Rangpur contra Debi Sinha (1783), el *bidroha* de Barasat dirigido por Titu Mir (1831), el *hool* santal (1855) y el “Motín azul” de 1860, en cada caso los protagonistas habían utilizado peticiones, delegaciones y otras formas de súplica antes de declararle realmente la guerra a sus opresores.³ Es más, las rebeliones de los kol (1823), los santal y los munda (1899-1900) así como el *dhing* de Rangpur y las *jacqueries* (rebeliones campesinas) en los distritos de Allahabad y Ghazipur durante la Rebelión de los cipayos de 1857-1858 (para citar sólo dos de los muchos ejemplos en esa

notable serie) fueron iniciados todos tras consultas planificadas y en algunos casos prolongadas entre los representantes de las masas campesinas locales.⁴ A decir verdad apenas si existe algún ejemplo de que el campesinado —ya fueran los prudentes y francos aldeanos de las planicies o los supuestamente más imprevisibles adivasis de las regiones de tierras altas— se haya rebelado por casualidad o llevado por la corriente. Ellos tenían demasiado en juego y no iban a lanzarse a la rebelión excepto como una manera deliberada, aunque fuera desesperada, de salir de una existencia intolerable. Dicho en otras palabras, la insurgencia fue una empresa motivada y consciente llevada a cabo por las masas rurales.

Esta conciencia, no obstante, parece haber recibido poca atención en lo que se ha escrito sobre el tema. La historiografía se ha contentado con tratar al campesino rebelde sólo como una persona o miembro empírico de una clase, pero no como una entidad cuya voluntad y razón configuraron la *praxis* llamada rebelión. En la mayor parte de las narraciones, esta omisión de hecho está teñida por metáforas que asimilan las revueltas campesinas a los fenómenos naturales: estallan como tormentas llenas de truenos, se sacuden como terremotos, cunden como los incendios, infectan como las epidemias. Dicho en otras palabras, cuando el proverbial hombre de la tierra se revuelve, se trata de un asunto que hay que explicar en términos de la historia natural. Incluso cuando esta historiografía se ve orillada a presentar una explicación en términos digamos más humanos, lo hará dando por sentada una identidad entre naturaleza y cultura, el sello, supuestamente, de un estado muy bajo de civilización que se ejemplifica en “aquellos estallidos periódicos de crimen y desorden de que son presa todas las tribus salvajes”, como dijo el primer historiador de la rebelión chuar.⁵ De manera alternada se busca una explicación mediante una enumeración de las causas —por ejemplo, factores de privación política y económica que para nada se relacionan con la conciencia del campesino o lo hacen de manera negativa— que desencadenaron la rebelión como una especie de acción refleja; esto es, como una respuesta instintiva y casi mecánica a sufrimientos físicos de algún tipo (por ejemplo, el hambre, la tortura, el trabajo forzado, etc.) o como una reacción pasiva frente a alguna iniciativa de su enemigo superordinado. En ambos casos, la insurgencia se considera como *externa* a la conciencia del campesino y hace que la Causa sustituya a la Razón (o sea la lógica de esa conciencia) como un fantasma vicario.

II

¿Cómo llegó la historiografía a tener esta ceguera tan particular y por qué nunca ha encontrado una cura? En busca de una respuesta podríamos comenzar por mirar de cerca sus elementos constitutivos y examinar los cortes, costuras y puntadas —aquellas marcas de remiendo— que nos hablan acerca del material del cual está hecha y la forma en que este material impregnó el tejido de la escritura.

El *corpus* de la escritura histórica sobre la insurgencia campesina en la India colonial se compone de tres tipos de discursos. Éstos pueden describirse como *primarios*, *secundarios* y *terciarios*, según su orden de aparición en el tiempo y su filiación. Cada uno de ellos se diferencia de los demás por el grado de identificación formal o reconocida (en oposición a real o tácita) con un punto de vista oficial, por la medida de su distancia respecto al suceso al que se refiere y por la relación de los componentes distributivos y de integración en su narración.

Para comenzar con el discurso primario, digamos que éste tiene casi sin excepción un carácter oficial, en el sentido amplio del término. Esto es, proviene no sólo de burócratas, soldados, detectives y demás personas directamente empleadas por el gobierno, sino también de aquéllos pertenecientes al sector no oficial que tenían una relación simbiótica con el Raj, como colonos, misioneros, comerciantes, técnicos, etc., entre los blancos, y terratenientes, prestamistas, etc., entre los nativos. También era oficial en la medida en que estaba destinado principalmente al uso administrativo: para proporcionar información al gobierno, para la realización de acciones por parte de éste y para la determinación de sus políticas. Incluso cuando incorporaba declaraciones emanadas del “otro lado”, de los insurgentes o de sus aliados, por ejemplo —como solía hacerlo por medio de informes directos o indirectos en el cuerpo de la correspondencia oficial o incluso por lo común como “documentos anexos” a esta última—, esto sólo se hacía como parte de un argumento suscitado por los intereses de los administradores. Dicho de otro modo, cualquiera que fuera su forma particular —y en realidad existía una variedad asombrosa que iba desde la carta introductoria, el telegrama, el despacho y el comunicado oficial hasta el sumario, el informe, el juicio y la proclamación definitivos— su producción y circulación estaban supeditadas necesariamente a las razones de Estado.

Otro de los rasgos distintivos de este tipo de discurso es, sin embargo, su inmediatez. Esto se derivaba de dos condiciones: primero, que las declaraciones de esta clase se escribían al mismo tiempo o poco después del acontecimiento y, segundo, que esto lo hacían los participantes implicados, definiéndose como “participante”, para este propósito, en el sentido amplio de un contemporáneo implicado en el acontecimiento, sea en la acción o indirectamente como espectador. Esto excluiría, por supuesto, aquel género de escritura retrospectiva en la que, como en algunas memorias, el acontecimiento y su recuerdo se encuentran separados por un intervalo considerable, pero que aun así deja una documentación masiva —“fuentes primarias”, como se conocen en el oficio— para hablarle al historiador con una especie de voz ancestral y hacerlo sentir cercano a su tema.

Los dos especímenes que se citan enseguida son claramente representativos de este tipo. Uno de ellos se relaciona con el levantamiento de Barasat de 1831 y el otro con la rebelión santal de 1855.

TEXTO 1⁶

Al General Ayudante Delegado del Ejército

Señor,

Habiendo llegado al gobierno información auténtica de que un cuerpo de *Insurgentes Fanáticos* está cometiendo en la actualidad *las más atrevidas y desenfrenadas atrocidades contra los Habitantes* de la Región en las vecindades de Tippy en la Magistratura de Baraset y que ha desafiado y repelido la fuerza más poderosa que la Autoridad Civil local pudo reunir para aprehenderlos, por órdenes del Honorable Vice Presidente en el Consejo solicito de usted que Comuniqué sin tardanza al Oficial General que Comanda la División de la Presidencia las órdenes del Gobierno para que un Batallón Completo de la Infantería Nativa de Barrackpore y dos cañones de seis equipados con los cumplidos [sic] necesarios de Golundaze desde Dum Dum, todo bajo el Mando de un Oficial de Campo de buen juicio y con capacidad de decisión, reciba inmediatamente la orden de encaminarse a Baraset, donde se le unirán 1 Havildar y 12 Soldados de Caballería del 3er. Regimiento de Caballería Ligera, que actualmente constituyen la escolta del Honorable el Vice Presidente.

2o. El Magistrado se encontrará con el Oficial al Mando del Destacamento en Barraset y suministrará la información necesaria para instruirlo respecto de la posición de los Insurgentes; pero sin tener ninguna autoridad para interferir en las operaciones Militares que el Oficial al Mando de los Destacamentos juzgue convenientes, para el propósito de expulsar o atrapar o en caso de resistencia destruir a aquellos que perseveren en su *desafío a la autoridad del Estado* y en *la perturbación de la tranquilidad pública*.

3o. Se concluye que el servicio no será de una naturaleza prolongada tal que requiera un suministro mayor de las municiones que quepan en las Cartucheras y en dos Carretas de Artillería para las Armas, y que no habrá dificultades respecto del acarreo. En caso contrario cualquier ayuda necesaria será suministrada.

4o. Se darán instrucciones al Magistrado para que dé toda la ayuda posible en cuanto a los suministros y otros requerimientos para las Tropas.

Cámara del Consejo

Su humilde, etc.

10 de noviembre de 1831

(Firmado) Wm. Casement Cor.
Secret. del Dpto. Milit. del Gob.

TEXTO 2⁷

De Señor Don W.C. Taylor.

A Señor Don F.S. Mudge.

Fechada el 7 de julio de 1855

Mi querido Mudge,

Hay una gran concentración de Santales 4 o 5 mil hombres en un lugar situado a unas 8 millas y estoy enterado de que están bien armados con Arcos y flechas, *Tulwars*, Lanzas, etc. y que *es su intención atacar a todos los Europeos de los alrededores y saquearlos y asesinarlos. La causa de todo esto es que uno de sus Dioses supuestamente ha Encarnado y ha hecho su aparición en algún lugar cercano a éste, y que su intención es reinar como Rey sobre toda esta parte de la India, y ha ordenado a los santales que junten y den muerte a todos los Europeos y Nativos influyentes de los alrededores. Como éste es el punto más cercano al lugar de reunión supongo que será atacado primero y pienso que lo mejor que puedes hacer es que les avises a las autoridades en Berhampore y pidas ayuda militar puesto que para nada es un buen panorama ser asesinado y en la medida de lo que puedo ver éste es un asunto bastante serio.*

Sreecond

Tuyo etc.

7 de julio de 1855

/Firmado/ W. C. Taylor

Nada podría ser más inmediato que estos textos. Escritos en cuanto estos acontecimientos fueron reconocidos como rebeliones por aquellos que más los temían, se encuentran entre los primerísimos informes con los que contamos sobre dichos acontecimientos en las colecciones de la India Office Library y en los Archivos del Estado de Bengala Occidental. Como lo revela la evidencia del *bidroha* de 1831,⁸ no fue sino hasta el 10 de noviembre cuando las autoridades de Calcuta llegaron a reconocer la violencia de la que se informaba desde la región de Barasat por lo que era: una insurrección hecha y derecha encabezada por Titu Mir y sus hombres. La carta del coronel Casement nos marca el momento en que el hasta entonces desconocido dirigente de un campesinado local entró en liza con el Raj y con ello se abrió

camino en la historia. La fecha del otro documento también rememora un comienzo: el del *hool* santal. Fue ese mismo día, el 7 de julio de 1855, cuando el asesinato del *daroga* [jefe de policía] Mahesh, a raíz de un encuentro entre su policía y los campesinos reunidos en Bhagnadihi, hizo estallar el levantamiento. El informe fue tan elocuente que recogió esa nota escrita por un empleado europeo del Ferrocarril de la India Oriental con evidente alarma en Sreecond, por el bien de su colega y del *sarkar* [gobierno colonial]. Es más, éstas son palabras que transmiten de la manera más directa posible el impacto que tiene una revuelta campesina sobre sus enemigos durante sus primeras horas sanguinarias.

III

Nada de esta instantaneidad se filtra al siguiente nivel: el del discurso secundario. Éste utiliza el discurso primario como *matériel*, pero al mismo tiempo lo transforma. Para contrastar los dos tipos de discursos podríamos pensar en éste como una historiografía en bruto, en un estado primordial, o como un embrión que aún no se ha articulado en un organismo con miembros diferenciados, y en aquél como el producto procesado, por más crudo que sea ese procesamiento, un discurso debidamente constituido aunque en su infancia.

Resulta bastante obvio que la diferencia está en función del tiempo. En la cronología de este *corpus* en particular, el discurso secundario sigue al primario a cierta distancia y abre la perspectiva de transformar un acontecimiento en historia, en la percepción no sólo de los que están afuera sino también de los participantes. Fue así como Mark Thornhill, magistrado de Mathura durante el verano de 1857 cuando un motín de la Guardia del Tesoro provocó levantamientos campesinos por todo el distrito, habría de reflexionar sobre la condición alterada de su propia narración, en la que él mismo figuraba como protagonista. En la introducción a sus conocidas memorias, *The Personal Adventures And Experiences Of A Magistrate During The Rise, Progress, And Suppresion Of The Indian Mutiny*, publicadas en Londres en 1884, escribió veintisiete años después del acontecimiento:

Luego de la supresión del Motín Indio, comencé a escribir un relato de mis aventuras [...] para el momento en que terminé mi narración, el interés del público por el tema ya se había agotado. Desde entonces han pasado años y ha surgido un interés de otra índole. Los acontecimientos de esa época se han vuelto historia, y es a esa historia a la que podría contribuir mi relato [...] Por ello he decidido publicar mi narración [...]

Despojados de contemporaneidad, un discurso se recupera así como un elemento del pasado y se clasifica como historia. Este cambio, tanto de aspecto como de categoría, lo sitúa en la intersección misma entre el colonialismo y la historiografía, dotándolo de un carácter dual que está ligado, al mismo tiempo, al sistema de poder y a la manera particular de su representación.

Su autoría es en sí misma testigo de esta intersección, y Thornhill no fue de ninguna manera el único administrador metido a historiador. De hecho, él fue uno de los muchos funcionarios, civiles y militares, que escribió en retrospectiva sobre los disturbios populares en la India rural bajo el Raj. Tomadas en su conjunto, esas declaraciones entran en dos clases. Primero estaban aquellas que se basaban en la propia experiencia de los escritores como participantes. Siendo recuerdos de algún tipo, estas declaraciones se escribieron, bien con un considerable retraso respecto de los acontecimientos narrados, o bien casi al mismo tiempo que éstos se producían, pero a diferencia del discurso primario estaban orientados hacia un público lector. Esta última distinción tan importante revela cómo la mentalidad colonialista se las arreglaba para cumplirle a Clío y a la contrainsurgencia al mismo tiempo, de manera que la supuesta neutralidad de aquélla difícilmente habría permanecido sin ser afectada por la pasión de ésta, un punto al que pronto regresaremos. La literatura sobre el Motín que se ocupa de la violencia del campesinado (especialmente en las provincias noroccidentales y en la India Central) tanto como de la de los cipayos, es pródiga en reminiscencias de ambos tipos. Relatos escritos casi al mismo tiempo que los sucesos, tales como *Service and Adventure with Khakee Rissallah or Meerut Volunteer Horse during the Mutinies of 1857—58* (Londres, 1858) de Dunlop, y *Personal Adventures during the Indian Rebellion in Rohilcund, Futtehghur, and Oudh* (Londres, 1858) de Edwards, para mencionar sólo dos de una vasta cosecha destinada a alimentar a un público que no se hartaba de tales cuentos de horror y gloria, alcanzaban el mismo nivel de narraciones como la de Thornhill, escritas mucho tiempo después de los acontecimientos.

La otra clase de escritos que clasifica como discurso secundario es el trabajo de los administradores. También ellos se dirigían a un lector predominantemente no oficial pero sobre temas que no estaban ligados en forma directa a su experiencia. Su trabajo incluye algunos de los relatos de más amplio uso y tenidos en mayor estima sobre los levantamientos campesinos, escritos como monografías acerca de acontecimientos particulares —como los de Jamini Mohan Ghosh acerca de los disturbios de los *sannyasi* y los faquires y los de J.C. Price sobre la rebelión chuar— o como declaraciones incluidas en historias más abarcadoras como la de W. W. Hunter sobre el *hool* santal en *The Annals of Rural Bengal*. Aparte de éstos, hubo las distinguidas contribuciones que hicieron algunas de las mejores mentes del Servicio Civil a los capítulos históricos de las *District Gazetteers*. Tomados en su conjunto, éstos constituyen un cuerpo sustancial de escritos que gozan de mucha autoridad entre los estudiosos del tema, y casi no existe ninguna historiografía en el siguiente nivel, el discurso terciario, que no se apoye en ellos.

El prestigio de este género se debe, en no poca medida, al aura de imparcialidad que lo rodea. Al mantener con firmeza su narración fuera de los límites de la participación personal, estos autores lograron conferirle a aquélla, si bien sólo por implicación, una apariencia de verdad. Como funcionarios, ellos eran sin duda los portadores de la voluntad del Estado. Pero como escribieron acerca de un pasado en el que no figuraron como funcionarios, se considera que sus afirmaciones son más auténticas y menos sesgadas que las de sus homólogos cuyos relatos, basados en recuerdos, estaban necesariamente contaminados por su intervención en los conflictos rurales como agentes del Raj. Al contrastar ambas posturas, se cree que aquéllos se acercaron desde afuera a los acontecimientos narrados. Como observadores separados clínicamente del sitio y tema del diagnóstico, se supone que ellos encontraron para su discurso un nicho en aquel reino de neutralidad perfecta —el reino de la Historia— sobre el cual presiden el Aoristo y la Tercera Persona.

IV

¿Cuán válida es esta pretensión de neutralidad? Una respuesta sería que no podemos dar por sentado ningún sesgo en esta clase de obra histórica por el simple hecho de originarse en autores comprometidos con el colonialismo. Considerar eso evidente sería negarle a la historiografía la posibilidad de reconocer sus propias insuficiencias, traicionando así el propósito de este ejercicio. De lo que sigue debería resultar claro que es precisamente por negarse a *probar* lo que parece obvio, que los historiadores de la insurgencia campesina permanecen atrapados... en lo obvio. La crítica, por lo tanto, no debe empezar por nombrar un sesgo sino por un examen de los componentes del discurso, vehículo de toda ideología, en busca de la manera en la que esos componentes se podrían haber combinado para describir cualquier figura particular del pasado.

A los componentes de ambos tipos de discurso y a sus variantes que hemos examinado llamaremos segmentos. Constituidos por el mismo material lingüístico, esto es, ristas de palabras de longitud variable, conforman dos tipos que, de acuerdo con su función, podrían designarse como indicativos e interpretativos. Esta diferenciación burda está destinada a asignarles dentro de un texto dado el papel respectivo de informar y explicar. Sin embargo, esto no implica su segregación mutua. Por el contrario, suelen encontrarse empotrados el uno en el otro, no sólo de hecho sino por necesidad.

En los *Textos 1 y 2* podemos ver cómo funciona esa imbricación. En ambos la letra redonda corresponde a los segmentos indicativos y la cursiva a los interpretativos. Presentados sin seguir ningún patrón particular en cada una de estas cartas, se interpenetran y sustentan mutuamente a fin de darle a

los documentos su significado, y en el proceso dotan a algunas de las ristas de palabras de una ambigüedad que se pierde inevitablemente en esta forma particular de representación tipográfica. Sin embargo, el tosco esbozo de una división de funciones entre ambas clases surge incluso de este esquema: los segmentos indicativos establecen (esto es, informan) las acciones reales y previstas de los rebeldes y sus enemigos, y los interpretativos las comentan a fin de comprender (esto es, explicar) su significado.

La diferencia entre ellos corresponde a la que existe entre los dos componentes básicos de cualquier discurso histórico que, según la terminología de Roland Barthes, llamaremos *funciones* e *indicios*.⁹ Los primeros son segmentos que configuran la secuencia lineal de una narración. Al ser contiguos, funcionan en una relación de solidaridad, en el sentido de que se implican mutuamente y se suman a ristas cada vez más largas que se combinan para producir el enunciado agregativo. Este último podría considerarse así como una suma de microsecuencias a cada una de las cuales, independientemente de su importancia, sería posible asignarle un nombre mediante una operación metalingüística empleando términos que podrían pertenecer o no al texto que se estudia. Fue así como Bremond, siguiendo a Propp, nombró las funciones de un cuento popular como *Fraude, Traición, Lucha, Contrato*, etcétera, y Barthes designó las funciones de un acto trivial como el de ofrecer un cigarrillo, en una novela de James Bond, como *ofrecimiento, aceptación, encendido y fumado*. Quizá se podría seguir la pauta de este procedimiento para definir un enunciado histórico como un discurso con un nombre que incluye un número dado de secuencias nombradas. Así sería posible hablar de una narración hipotética llamada “La insurrección de Titu Mir”, constituida por cierto número de secuencias que incluye el *Texto 1* citado arriba.

Démosle a este documento un nombre y llamémoslo, por ejemplo, *Actas del Consejo de Calcuta*. (Alternativas como *Estallido de Violencia* o *Llamado al Ejército* también deberían bastar y ser analizables en términos que corresponden, aunque no sean idénticos, a los que siguen.) En términos amplios, el mensaje *Actas del Consejo de Calcuta* (C) en nuestro texto se puede leer como una combinación de dos grupos de secuencias llamadas *alarma* (a) e *intervención* (b), cada uno de los cuales está constituido por un par de segmentos: el primero por *la insurrección estalla* (a') e *información recibida* (a'') y el segundo por *decisión de llamar al ejército* (b') y *orden despachada* (b''), donde uno de los constituyentes de cada par está a su vez representado por otra serie ligada: (a') por *atrocidades cometidas* (a1) y *desafío a la autoridad* (a2), y (b'') por *infantería para proceder* (b1), *artillería para apoyar* (b2), y *magistrado para cooperar* (b3). En otras palabras, en este documento la narración se puede transcribir en tres pasos equivalentes de manera que:

$$\begin{aligned}
C &= (a + b) \dots\dots\dots I \\
&= (a' + a'') + (b' + b'') \dots\dots\dots II \\
&= (a_1 + a_2) + a'' + b' + (b_1 + b_2 + b_3) \dots\dots III
\end{aligned}$$

A partir de este arreglo debería resultar claro que no todos los elementos del paso II se pueden expresar en microsecuencias del mismo orden. Por lo tanto, en el paso III nos quedamos con una concatenación en la que los segmentos tomados de diferentes niveles del discurso se imbrican para constituir una estructura toscamente labrada y desigual. En la medida en que lo que una narración tiene como *relata* sintagmáticos son unidades funcionales mínimas como éstas, su flujo nunca será terso. El hiato entre los segmentos remendados con holgura está necesariamente cargado de incertidumbre, de “momentos de riesgo” y cada microsecuencia termina por abrir posibilidades alternativas, de las cuales la secuencia siguiente sólo recoge una a medida que continúa con el relato. “Du Pont, el comanditario de James Bond, le ofrece fuego con su encendedor, pero Bond rehusa; el sentido de esta bifurcación es que Bond teme instintivamente que el adminículo encierre una trampa”.¹⁰ Lo que Barthes identifica así como “bifurcación” en la narrativa tiene también su paralelo en el discurso histórico. La supuesta perpetración de atrocidades (a1) en ese despacho oficial de 1831 elimina la creencia en la propagación pacífica de la nueva doctrina de Titu, que ya conocían las autoridades, pero que hasta ese entonces había sido ignorada por ser considerada de poca importancia. La expresión *desafío a la autoridad* (a2), que se refiere a que los rebeldes habían “desafiado y repelido la fuerza más poderosa que la Autoridad Civil local pudo reunir para aprehenderlos”, tiene como su otro término, si bien no expresado, sus esfuerzos por persuadir al gobierno, mediante la petición y la delegación, de que reparara las afrentas sufridas por sus correligionarios. Y así sucesivamente. Cada una de estas unidades funcionales elementales implica así un nudo narrativo que no se ha materializado lo suficiente en un desarrollo real, una especie de signo cero por medio del cual la narración reafirma su tensión. Y es precisamente porque la historia en cuanto representación verbal que hace el hombre de su propio pasado está por su propia naturaleza tan llena de azar, realmente tan repleta de la verosimilitud de elecciones marcadamente distintas, que nunca deja de suscitar el interés del lector. El discurso histórico es el *thriller* más viejo del mundo.

V

El análisis secuencial revela así que una narración es una concatenación de unidades funcionales que no están tan estrechamente alineadas. Estas unidades son dissociativas en su funcionamiento y ponen más énfasis en el aspecto analítico que en el aspecto sintético de un discurso. Como tales no son las que

generan por sí mismas el significado de este último. De igual manera como el sentido de una palabra (por ejemplo, “hombre”) no está representado fraccionadamente en cada una de las letras (por ejemplo, H,O,M,B,R,E) que configuran su imagen gráfica, ni el de una frase (por ejemplo, “había una vez”) en sus palabras constitutivas tomadas por separado, así también los segmentos individuales de un discurso no nos pueden decir por sí mismos lo que éste significa. El significado en cada caso es obra de un proceso de integración que complementa el de la articulación secuencial. Tal como lo señaló Benveniste, en cualquier lenguaje “la disociación nos entrega la constitución formal; la integración nos entrega unidades significantes.”¹¹

Esto también es cierto respecto del lenguaje de la historia. En su discurso, la operación integradora la lleva a cabo la otra clase de unidades narrativas básicas, esto es, los *indicios*. Como correlatos necesarios e indispensables de las *funciones*, se distinguen de estas últimas en ciertos sentidos importantes:

los indicios, por la naturaleza en cierto modo vertical de sus relaciones, son unidades verdaderamente semánticas pues, contrariamente a las “funciones” [...] remiten a un significado, no a una “operación”; la sanción de los Indicios es “más alta” [...] es una sanción paradigmática; por el contrario la sanción de las “funciones” siempre está “más allá”, es una sanción sintagmática. *Funciones e Indicios* abarcan, pues, otra distinción clásica: las funciones implican los relata metonímicos, los Indicios, los relata metafóricos; las primeras corresponden a una funcionalidad del hacer y las otras a una funcionalidad del ser.¹²

La intervención vertical de los indicios en un discurso es posible debido a la interrupción de su linealidad mediante un proceso que corresponde a la distaxia en el comportamiento de muchos lenguajes naturales. Bally, quien estudió este fenómeno con mucho detalle, considera que una de las muchas condiciones para que ocurra en el francés es “cuando se separan partes del mismo signo” de manera que la expresión “elle a pardonné”, al construirse negativamente, se fragmenta y se vuelve a ensamblar como “elle ne nous a jamais plus pardonné”.¹³ De igual manera, el simple predicativo en bengalí “shé j-abé” se puede reescribir mediante la inserción de un interrogativo o de una ristra de condicionales negativos entre las dos palabras, para producir respectivamente “shé ki j-abé” y “shé n-a hoy n-a j-abé”.

En una narración histórica, también el proceso de “distensión y expansión” de su sintagma ayuda a que los elementos paradigmáticos infiltren y reconstituyan sus segmentos discretos en un todo con significado. Es precisamente así como se efectúa la coordinación de los ejes metonímicos y metafóricos en un enunciado y como se actualiza la necesaria interacción de sus funciones e indicios. Sin embargo, estas

unidades no están distribuidas en proporciones iguales en todos los textos: algunos tienen mayor incidencia de un tipo que del otro. Como consecuencia, un discurso podría ser predominantemente metonímico o metafórico, dependiendo de si un número significativamente grande de sus componentes son sancionados sintagmática o paradigmáticamente.¹⁴ Nuestro *Texto 1* es del primer tipo. Es posible ver el formidable, y en apariencia impenetrable, arreglo de sus *relata* metonímicos en el paso III del análisis secuencial que presentamos antes. Al fin tenemos aquí la perfecta autenticación del punto de vista del idiota que ve la historia como una fregada cosa tras otra: *levantamiento—información—decisión—orden*. Sin embargo, una mirada más atenta al texto puede detectar puntos débiles que han permitido que el “comentario” socave la base del “hecho”. Las expresiones subrayadas son testigos de esta intervención paradigmática y, en verdad, constituyen su medida. Como indicios, desempeñan el papel de *adjetivos* o *epítetos* en oposición a los verbos que, para hablar en términos de la homología entre oración y narración, cumplen el papel de funciones.¹⁵ Al trabajar íntimamente con estas últimas, los adjetivos o epítetos hacen del despacho algo más que un mero registro de los sucesos y ayudan a inscribir en él un significado, una interpretación, de manera que los protagonistas surgen del despacho no como campesinos sino como “*Insurgentes*”, no como un musulmán sino como un “*fanático*”; su acción no es una resistencia ante la tiranía de la élite rural sino “*las más atrevidas y desenfrenadas atrocidades contra los habitantes*”; su proyecto no es una revuelta contra los zamindares, sino un “*desafío a la autoridad del Estado*”, no es la búsqueda de un orden alternativo en el que la paz del campo no sea violada por la anarquía (oficialmente tolerada) de un sistema de tenencia de la tierra semifeudal basado en los terratenientes, sino como la “*perturbación de la tranquilidad pública*”.

Si la intervención de indicios “sustituye sin cesar la copia pura y simple de los acontecimientos relatados por su sentido”,¹⁶ en un texto tan cargado de metonimias como el que discutimos antes, puede suponerse que lo hará en mayor grado en discursos que son predominantemente metafóricos. Esto debería resultar evidente en el *Texto 2*, donde el elemento de comentario, que nosotros subrayamos, sobrepasa ampliamente al de informe. Si este último se representa como una concatenación de tres secuencias funcionales, a saber, *concentración de santales armados, alerta a las autoridades y ayuda militar solicitada*, se puede ver cómo la primera de éstas ha sido separada del resto mediante la inserción de un gran trozo de material explicativo y cómo las otras también están envueltas y acordonadas por comentarios. Estos últimos están inspirados por el temor de que al ser Sreecond “*el punto más cercano al lugar de reunión [...] será atacado primero*” y por supuesto “*para nada es un buen panorama ser asesinado*”. Observemos, sin embargo, que este miedo se justifica “*políticamente*”, al imputarle a los santales una “*intención [de] atacar [...] saquear [...] y [dar] muerte a todos los Europeos y Nativos influyentes*” de manera que “*uno de sus Dioses*” en forma humana pudiera “*reinar como Rey sobre toda*

esta parte de la India". Así, este documento no es neutral en cuanto a su actitud hacia los acontecimientos presenciados y, al presentarse como una "evidencia" ante la corte de la historia, difícilmente podría esperarse que testificara con imparcialidad. Todo lo contrario, es la voz del colonialismo comprometido. Ya ha hecho una elección entre el prospecto del autogobierno santal en Damin-i-Koh y la continuación del Raj británico e identifica lo que es presumiblemente bueno para la promoción de aquél como atemorizante y catastrófico, y para éste como "un asunto bastante serio". Dicho en otras palabras, los indicios en este discurso —así como en el que discutimos antes— nos introducen a un código particular constituido de tal manera que para cada uno de sus signos tenemos un antónimo, un contramensaje, en otro código. Tomando prestada una representación binaria que Mao Tse-tung hizo famosa,¹⁷ la lectura "¡Es terrible!" para cualquier elemento en aquél debe surgir en éste como "¡Está muy bien!" para un elemento correspondiente y viceversa. A fin de poner este choque de códigos en forma gráfica, podemos ordenar los indicios que en los *Textos 1 y 2* aparecen en cursiva, en una matriz llamada "TERRIBLE" (de conformidad con el atributo adjetival de unidades de esta clase) de manera tal que indiquemos su correspondencia con los términos implícitos aunque no de clarados (presentados en redondas) de una matriz correspondiente llamada "MUY BIEN".

TERRIBLE	MUY BIEN
<i>Insurgentes</i>	campesinos
<i>fanáticos</i>	puritanos islámicos
<i>atrevidas y desenfrenadas atrocidades contra los Habitantes</i>	resistencia ante la opresión
<i>desafío a la autoridad del Estado</i>	revuelta contra los zamindares
<i>perturbación de la tranquilidad pública</i> ..	lucha por un orden mejor
<i>intención [de] atacar, etc.</i>	intención de castigar a los opresores
<i>uno de sus Dioses [ha de] reinar como Rey</i>	autogobierno santal

Lo que surge del juego entre estas dos matrices opuestas pero que se implican mutuamente, es que nuestros textos no son el registro de observaciones no contaminadas por sesgos, juicios y opiniones. Todo lo contrario, hablan de una complicidad total. Pues si de las expresiones de la columna de la derecha tomadas en conjunto podría decirse que representan la insurgencia, el código que contiene todos los significantes de la práctica subalterna de *turning things upside down* y la conciencia que la anima, entonces la otra columna debe representar lo opuesto, esto es, la contrainsurgencia. El antagonismo entre

los dos es irreductible y no hay allí nada que deje lugar a la neutralidad. Por lo tanto, estos documentos no tienen sentido salvo en términos de un código de pacificación que, bajo el Raj, era un complejo de intervenciones coercitivas por parte del Estado y sus *protégés*, la élite nativa, con armas y palabras. Representativos del tipo primario de discurso en la historiografía de las revueltas campesinas, son especímenes de la prosa de la contrainsurgencia.

VI

¿En qué medida el discurso secundario participa también de este compromiso? ¿Acaso puede hablar en una prosa que no sea la de la contrainsurgencia? Las narraciones de esta categoría en las que sus autores figuran entre los protagonistas son, por supuesto, sospechosas casi por definición, y hay que reconocer la presencia en ellas de la primera persona gramatical como un signo de complicidad. El asunto, sin embargo, es si la falta de objetividad a cuenta de esto queda adecuadamente compensada gracias al uso consistente del aoristo en esos escritos. Pues tal como observa Benveniste, la expresión histórica admite tres variantes del tiempo pasado: el aoristo, el imperfecto y el pluscuamperfecto y, por supuesto, el presente está completamente excluido.¹⁸ Y esta condición realmente la satisfacen los recuerdos que están separados de los acontecimientos en cuestión por un intervalo bastante grande. Lo que debe averiguarse es hasta qué punto la fuerza del pretérito corrige el sesgo originado por la omisión de la tercera persona.

Las memorias de Mark Thornhill acerca del Motín nos proporcionan un texto en el que el autor rememora una serie de acontecimientos que él experimentó 27 años antes. “Los acontecimientos de esa época” se han “vuelto historia” y Thornhill pretende —como lo dice en el extracto citado antes— hacer una contribución “a esa historia”, produciendo así lo que hemos definido como un tipo particular de discurso secundario. La diferencia que el intervalo inscribe en el texto quizá se pueda captar mejor si lo comparamos con algunos ejemplos de discurso primario sobre el mismo tema que realizó el mismo autor. Dos de ellos¹⁹ podrían leerse juntos como un registro de su percepción de lo que sucedió en la estación sadar de Mathura y el campo circundante entre el 14 de mayo y el 3 de junio de 1857. Estas cartas, escritas por Thornhill cuando éste estaba investido con el birrete de magistrado de distrito y dirigidas a sus superiores —una el 5 de junio de 1857, esto es, a cuarenta y ocho horas de la fecha de término del periodo mencionado, y la otra el 10 de agosto de 1858, cuando todavía los acontecimientos eran un recuerdo vívido de un pasado muy reciente—, tienen un espectro que coincide con el de la narración que abarca las mismas tres semanas, y que está en las primeras noventa páginas de su libro, escrito casi tres decenios después cuando portaba el sombrero de historiador.

Ambas cartas tienen un carácter predominantemente metonímico. Originadas casi en pleno desarrollo de la experiencia relatada, son necesariamente representaciones escorzadas, y mediante sobrecogedoras secuencias le cuentan al lector algunos de los sucesos de ese extraordinario verano. El sintagma asume así una apariencia de objetividad, dejándole muy poco espacio al comentario. Sin embargo, otra vez una inspección más cercana nos permite ver cómo la soldadura de las unidades funcionales resulta menos sólida que a primera vista. Engastados en ellas hay indicios que revelan las ansiedades del custodio local del orden público (“en general el estado del distrito es tal que *desafía todo control*”; “la *ley está parada*”); sus miedos (“rumores *muy alarmantes* de la cercanía del ejército rebelde”); su desaprobación moral de las actividades de los aldeanos armados (“los alborotos en el distrito [...] aumentan [...] una *enormidad*”); su apreciación por contraste de los colaboradores nativos hostiles a los insurgentes ([...] “la casa de los Seths [...] *nos recibió con mucha amabilidad*”). Indicios como éstos son marcas de nacimiento ideológicas que se revelan eminentemente en gran parte de este tipo de material relativo a las revueltas campesinas. En verdad, si se toman junto con otros rasgos textuales relevantes —por ejemplo, el modo tan abrupto de expresarse en estos documentos, tan revelador de la conmoción y el terror generados por la *émeute*— todos ellos ponen en evidencia que semejantes testimonios supuestamente “objetivos” de la militancia de las masas rurales están teñidos desde su origen por el prejuicio y la perspectiva partidaria de sus enemigos. El que los historiadores no logren percatarse de estos signos reveladores marcados con fuego en la materia prima de su oficio es un hecho que hay que explicar en términos de la óptica de una historiografía colonialista, más que interpretar en favor de la supuesta objetividad de sus “fuentes primarias”.

No hay nada inmediato o abrupto en el discurso secundario correspondiente. Por el contrario, incorporadas en éste hay diversas perspectivas que le dan una profundidad en el tiempo y, a partir de esta determinación temporal, su significado. Comparemos, por ejemplo, la narración de los acontecimientos en ambas versiones de cualquier día —digamos, por ejemplo, el 14 de mayo de 1857 al preciso comienzo de nuestro periodo de tres semanas. Transcritos en un párrafo muy corto de 57 palabras en la carta de Thornhill del 10 de agosto de 1858, los sucesos pueden representarse en su totalidad mediante cuatro segmentos concisos, sin que se produzca ninguna pérdida significativa en el mensaje: *se acercan los amotinados; información recibida desde Gurgaon; confirmada por europeos al norte del distrito; mujeres y no combatientes enviados a Agra*. Puesto que el relato comienza, por razones prácticas, con esta entrada, no hay exordios que le sirvan de contexto, lo que le da a este despegue instantáneo el sentido, como ya señalamos, de una sorpresa total. En el libro, sin embargo, ese mismo instante se presenta con un trasfondo que se extiende durante cuatro meses y medio, y en tres páginas (pp. 1-3). Este tiempo y espacio se dedican por completo a algunos detalles cuidadosamente escogidos de la vida y la experiencia del autor en el periodo que precede al Motín. Éstos son verdaderamente *significativos*. Como indicios,

preparan al lector para lo que sigue y lo ayudan a *comprender* los sucesos del 14 de mayo y de los días posteriores, cuando dichos sucesos hacen su aparición en la narración en escenarios escalonados. Así, la misteriosa circulación de chapatis en enero y la silenciosa pero expresiva preocupación por el hermano del narrador, un alto oficial, respecto de un telegrama que se recibió en Agra el 12 de mayo y que recoge las noticias, aún no confirmadas, acerca del levantamiento Meerut, presagian los acontecimientos de dos días más tarde en el cuartel general de su propio distrito. Es más, la curiosa información acerca de su “gran ingreso y enorme autoridad”, su casa, caballos, sirvientes, “un cofre lleno de cubiertos de plata, que estaba en el vestíbulo y [...] una gran cantidad de chales de cashmir, perlas y diamantes” todo ayuda a señalar, por contraste, hacia el holocausto que pronto reduciría su autoridad a nada, y convertiría a sus sirvientes en rebeldes, a su casa en ruinas y a su propiedad en un botín para los saqueadores pobres del pueblo y del campo. Al anticipar de esta manera los acontecimientos narrados, aunque sea sólo por implicación, el discurso secundario destruye la entropía del primero, su materia prima. Por lo tanto, nada hay en el relato que pueda considerarse completamente inesperado.

Este efecto es obra de los llamados “*shifters* de organización”²⁰ que ayudan al autor a superponer su propia temporalidad a la de sutema, esto es “a ‘descronologizar’ el ‘hilo histórico’ y a restituir, aunque más no fuera por reminiscencia o nostalgia, un tiempo complejo, paramétrico, no lineal [...] [El historiador agrega] al devanamiento crónico (cronológico) de los sucesos, referencias al tiempo específico de su palabra”. En el presente ejemplo el “agregado” consiste no sólo en ajustar un contexto evocativo a la escueta secuencia relatada en el corto párrafo de la carta de Thornhill. Los *shifters* interrumpen el sintagma dos veces y en ambas ocasiones insertan en la ruptura un momento de tiempo del autor suspendido entre los dos polos de una “espera”, una figura perfectamente constituida para permitir el juego de las digresiones, los apartes y paréntesis que forman huecos y zigzags en una línea histórica y aumentan, por lo tanto, su profundidad. Así, a la espera de noticias acerca de los movimientos de los amotinados, el autor reflexiona sobre la paz de la tarde en la estación sadar y se aparta de su relato para decirnos, en una violación del canon historiográfico del tiempo y la persona gramatical: “La escena era simple y llena del reposo de la vida oriental. En los tiempos que siguieron, solía regresar a mi memoria.” Y, otra vez, cuando después esperaba el transporte que sacaría a los evacuados reunidos en su sala, él se separa de esa noche particular durante unas pocas palabras para comentar: “Era un hermoso cuarto, brillantemente iluminado, alegre con las flores. Fue la última vez que lo vi así, y de esa manera permanece impreso en mi memoria.”

¿Hasta dónde la actividad de estos *shifters* ayuda a corregir los sesgos resultantes de la intervención del escritor en primera persona? No mucho, por lo que pudimos ver. Pues cada uno de los indicios metidos como cuñas en la narración representa una selección hecha según sus principios entre los

términos de una oposición paradigmática. Entre la autoridad del jefe de distrito y el desafío de ésta por parte de las masas armadas, entre el servilismo habitual de sus criados y su afirmación de autorrespeto en cuanto rebeldes, entre las insignias de su riqueza y poder (por ejemplo, oro, caballos, chales, bungalow) y la apropiación y destrucción de éstas por parte de las multitudes subalternas, el autor, apenas diferenciado del administrador que era 27 años antes, escoge consistentemente lo primero. La nostalgia hace que la selección sea aún más elocuente: un recuerdo de lo que se considera “muy bien”, tal como un pacífico atardecer o un elegante salón, resalta por contraste los aspectos “terribles” de la violencia popular dirigida contra el Raj. Resulta muy claro que hay una lógica en esta preferencia. Ésta se afirma mediante la negación de una serie de inversiones que, combinadas con otros signos del mismo orden, constituyen un código de insurgencia. El patrón de la elección del historiador, idéntico al del magistrado, se conforma así a un contracódigo, el código de la contrainsurgencia.

VII

Si el efecto neutralizante del aoristo no logra prevalecer sobre la subjetividad del protagonista como narrador en este género particular de discurso secundario, ¿en qué condiciones queda el equilibrio de tiempo y persona en el otro tipo de escritura dentro de la misma categoría? Aquí podemos ver en funcionamiento a dos tipos distintos de lenguaje, ambos identificados con el punto de vista del colonialismo, pero diferentes entre sí en cuanto a cómo expresarlo. La variedad más burda está bien ejemplificada en *The Chuar Rebellion of 1799*, de J. C. Price. Escrito en 1874, mucho después de los acontecimientos, obviamente fue concebido por el autor, funcionario del recatastro en Midnapur en ese entonces, para que sirviera como un relato histórico directo, sin ninguna finalidad administrativa en mente. Lo dirigió al “lector común” así como a cualquier “futuro Recaudador de Midnapore”, con la esperanza de compartir con ambos “ese agudo interés que he sentido al leer los antiguos archivos de Midnapore”.²¹ Pero “el deleite [...] experimentado al verter estos papeles”, del que nos habla el autor, parece haber producido un texto casi indistinguible del discurso primario que le sirve de fuente. Este último, para empezar, es llamativo por su pura presencia física. Más de una quinta parte de la mitad del libro que trata específicamente de los acontecimientos de 1799, está formada por citas directas de aquellos archivos y otra gran parte de extractos apenas modificados. Lo más importante para nosotros, sin embargo, es la evidencia de cómo el autor identifica sus propios sentimientos con los de ese pequeño grupo de blancos que estaba recogiendo las tempestades producidas por los vientos de un cambio violentamente disruptivo que el gobierno de la EastIndia Company había sembrado en el extremo sudoccidental de Bengala. Sólo que, setenta y cinco años más tarde, el miedo de los funcionarios sitiados de la estación de Midnapur en 1799 se convierte en ese odio genocida característico de un género de escritura británica posterior al Motín. “La aversión de las

autoridades, civiles o militares, para proceder en persona a ayudar a sofocar los disturbios es muy sorprendente”, escribe Price para vergüenza de sus compatriotas, y enseguida se jacta:

En estos días de fusiles de retrocarga media docena de europeos hubiera podido con un número veinte veces mayor de chuars. Por supuesto, dada la naturaleza imperfecta de las armas de aquella época no se podía esperar que los europeos se precipitaran infructuosamente hacia el peligro, pero los oficiales europeos de la estación, al menos en algunos casos, pienso debieron arriesgarse en algunos momentos, atacar en persona y rechazar a sus asaltantes. Me asombra que ningún funcionario europeo, civil o militar, con excepción quizás del teniente Gill, expresara esa sensación de entusiasmo jubiloso que la mayoría de los jóvenes siente hoy en día por las actividades en campo abierto, o en cualquier ocupación donde hay un elemento de peligro. Pienso que para la mayoría de nosotros, si hubiésemos vivido en 1799, hubiera sido mejor cazar a un chuar merodeador bañado en sangre y despojos, que al oso más grande que pueda haber en las selvas de Midnapore.²²

Aquí resulta bastante claro que la separación entre el autor y los sucesos que relata y la diferencia entre el tiempo de los acontecimientos y el de su narración, han hecho muy poco por inspirarle objetividad. Su pasión es aparentemente del mismo tenor que la del soldado británico que escribió, en vísperas del ataque a Delhi en 1857: “Debo confiar sinceramente en que la orden que nos darán cuando atacemos Delhi será [...] ‘Maten a todo el mundo; no hay que dar cuartel’”.²³ En este ejemplo, la actitud del historiador hacia los rebeldes es indistinguible de la del Estado: la actitud del cazador hacia su presa. Considerado así, un insurgente no es sujeto de comprensión o interpretación sino de exterminio, y el discurso de la historia, lejos de ser neutro, sirve directamente para instigar la violencia oficial.

Hubo, sin embargo, otros escritores que trabajaron dentro del mismo género que tienen la reputación de haberse expresado en un lenguaje menos sanguinario. Quizás quien mejor los represente sea W. W. Hunter en su relato de la insurrección santal de 1855, en *The Annals of Rural Bengal*. En muchos sentidos, se trata de un texto notable. Escrito antes de que se cumplieran diez años del Motín y a doce años del *hool*,²⁴ no tiene para nada el matiz revanchista y racista común a buena parte de la literatura angloindia del periodo. De hecho, el autor trata a los enemigos del Raj no sólo con consideración sino con respeto, aunque éstos hayan aniquilado al gobierno colonial en tres distritos orientales en cuestión de semanas y hayan resistido durante cinco meses contra el poder combinado del ejército colonial y sus auxiliares recién adquiridos: los ferrocarriles y el “telégrafo eléctrico”. La mencionada obra, uno de los primeros ejercicios modernos en la historiografía de las revueltas campesinas indias, sitúa el levantamiento dentro de un contexto cultural y socioeconómico, analiza sus causas y utiliza archivos locales y relatos contemporáneos

para obtener evidencia acerca de su progreso y supresión definitiva. Según todas las apariencias, aquí tenemos el ejemplo clásico de cómo los sesgos y opiniones propias del autor se disuelven por obra y gracia del tiempo pasado y la tercera persona gramatical. ¿Acaso en este caso el discurso histórico muestra lo mejor de sí y alcanza aquel ideal de un “modo de narración [...] impersonal [...] diseñado para borrar la presencia del que habla”?²⁵

Esta apariencia de objetividad, de falta de sesgo alguno obviamente demostrable, no tiene, empero, nada que ver con “hechos que hablan por sí mismos” en un estado de metonimia pura no contaminada por el comentario. Por el contrario, el texto está saturado de comentarios. Basta compararlo con un artículo escrito por las mismas fechas que apareció sobre este tema en la *Calcutta Review* (1856) o incluso con la historia de K. K. Datta sobre el *hool* —escrito mucho después de su supresión— para darse cuenta de cuán pocos detalles hay en él de lo que realmente sucedió.²⁶ De hecho, en el libro la narración de este acontecimiento ocupa sólo alrededor de 7% del capítulo que lo presenta como el punto culminante del mismo, y poco menos del 50% del texto impreso de dicho capítulo se dedica específicamente a este tema. El sintagma se quiebra una y otra vez mediante la distaxia y la interpretación se infiltra para ensamblar los segmentos en un todo con significado propio que tiene un carácter principalmente metafórico. De toda esta operación la consecuencia más relevante para nuestro propósito es cómo dicha operación distribuye los *relata* paradigmáticos a lo largo de un eje de continuidad histórica entre un “antes” y un “después”, ampliándolo mediante un contexto y extendiéndolo para formar una perspectiva. Así, la representación de la insurgencia sufre la intercalación de su momento entre su pasado y futuro, de manera que los valores particulares de uno y otro quedan incorporados al acontecimiento para darle el significado específico de su representación.

VIII

Refirámonos primero al contexto: dos terceras partes del capítulo que culmina en la historia de la insurrección consiste de un relato inaugural de lo que podría llamarse la historia natural de sus protagonistas. A manera de ensayo de etnografía, trata de los rasgos físicos, el lenguaje, las tradiciones, los mitos, la religión, los rituales, el hábitat, el medio ambiente, las prácticas de cacería y agrícolas, la organización social y el gobierno comunal de los santales de la región de Birbhum. Muchos de los detalles aquí presentes marcan el conflicto inminente en términos de una lucha de contrarios, entre el noble salvaje de las colinas y los ruines explotadores de las planicies: el contraste implícito en las referencias a su dignidad personal (“Él no se rebaja hasta el piso como el hindú rural”; la mujer santal “desconoce los envilecedores remilgos de la mujer hindú”, etc.), su mal disimulada reducción a la servidumbre por parte de los terrate-

nientes hindúes, su honestidad (“A diferencia del hindú, él nunca piensa en hacer dinero usando a un extraño, evita escrupulosamente todos los temas de negocios, y se siente apenado si se le insiste que acepte un pago por la leche y la fruta que trae su esposa”), la codicia y el fraude de los comerciantes y terratenientes forasteros que finalmente condujeron a la insurrección, su reserva (“Los santales viven lo más aparte posible de los hindúes”), la intrusión del *diku* en su vida y territorio y el holocausto que inevitablemente se produciría.

Estos indicios le dan a la insurrección no sólo una dimensión moral y los valores de una guerra justa, sino también una profundidad en el tiempo, que se lleva a cabo por obra de marcadores diacrónicos en el texto: un pasado imaginario originado mediante mitos de creación (apropiados para una empresa realizada a instancias del *thakur* [miembro de la casta de los chatrias]) y un pasado real pero remoto (que conviene a una revuelta que se alimenta de la tradición) dimanado de los fragmentos de la prehistoria en el ritual y el habla, donde la ceremonia de la “Purificación de los muertos” de los santales se menciona, por ejemplo, como la huella de “un tenue recuerdo del tiempo lejano cuando habitaban junto a los grandes ríos” y su lengua como “ese registro intangible sobre el que el pasado de una nación está grabado mucho más profundamente que en tablas de bronce o inscripciones en piedra”.

Cuando se acerca más al acontecimiento, el autor le proporciona un pasado reciente que cubre un periodo aproximado de sesenta años de “administración directa” en el área. Los aspectos morales y temporales de la narración se mezclan aquí en la figura de una contradicción irreconciliable. Por una parte, según Hunter, hubo una serie de medidas beneficiosas que tomó el gobierno: el Decennial Settlement que ayudó a expandir el área de cultivo e indujo a los santales, a partir de 1792, a contratarse como trabajadores agrícolas; el establecimiento, en 1832, de un coto redondo delimitado por columnas de ladrillo donde podían colonizar la tierra y selva virgen sin miedo a que los hostigaran las tribus hostiles; el desarrollo de la “empresa inglesa” en Bengala bajo la forma de fábricas de índigo en las que “los inmigrantes santales constituían una población de obreros diurnos”; sin olvidar por supuesto, una de las fuentes de riqueza más importante: que en 1854 miles de ellos fueron incorporados a las cuadrillas de trabajo para la construcción del ferrocarril en esa región. Pero, por otra parte, dos conjuntos de factores se combinaron para desbaratar todo el bien resultante del gobierno colonial: la explotación y opresión de los santales por parte de los codiciosos y fraudulentos terratenientes, prestamistas y comerciantes hindúes y el fracaso del gobierno local, su policía y las cortes para protegerlos o corregir las injusticias que sufrían.

IX

Este énfasis en la contradicción sirve, obviamente, al propósito interpretativo del autor. Le permite situar la causa del levantamiento en la incapacidad del Raj para lograr que sus mejoras prevalecieran sobre los defectos y desventajas que aún subsistían en su ejercicio de la autoridad. El relato del acontecimiento se ajusta con exactitud al objetivo establecido al inicio del capítulo, esto es, interesar no sólo al académico “en estas razas envilecidas”, sino también al estadista. “El estadista indio descubrirá”, habrá de escribir refiriéndose eufemísticamente a los hacedores de la política británica en la India, “que estos Hijos del Bosque son [...] susceptibles de recibir las mismas influencias correctivas que los demás hombres, y que la futura extensión de la empresa inglesa en Bengala depende en gran medida de su capacidad para la civilización”. Es esta preocupación por “corregir” (palabra que sintetizaba el proceso de acelerar la transformación del campesinado tribal en mano de obra asalariada para engancharlo a los proyectos tan típicamente colonialistas de la explotación de los recursos indios) lo que explica la mezcla de firmeza y “comprensión” en la actitud de Hunter hacia la rebelión. Como el imperialista-liberal que era, la consideraba al mismo tiempo como una amenaza a la estabilidad del Raj y como una útil crítica de su administración, tan lejos de ser perfecta. Así, al tiempo que censuraba al gobierno de entonces por no declarar la Ley Marcial con la rapidez suficiente como para arrancar el *hool* desde la raíz, fue muy cuidadoso en diferenciarse de sus compatriotas que querían castigar a toda la comunidad santal por el crimen cometido por sus rebeldes y deportar al extranjero a la población de los distritos implicados. Genuino imperialista de altos vuelos, Hunter anhelaba el día en que esta tribu, como muchos otros pueblos aborígenes del subcontinente, demostraría su “capacidad para la civilización” al actuar como una fuente inagotable de mano de obra barata.

Esta visión se inscribe en la perspectiva con la que termina la narración. Culpando directamente del estallido del *hool* a esa “administración rastrera e indulgente” que no prestó atención a las quejas de los santales y se concentró sólo en la recolección de los impuestos, Hunter continúa con la catalogación de los beneficios más o menos ilusorios de “el sistema más estricto que se introdujo después del levantamiento” para mantener dentro de los límites de la ley el poder de los usureros sobre los deudores, frenar el uso de pesas y medidas falsas en el comercio al detalle, y asegurar el derecho de los trabajadores cautivos a escoger la libertad en caso de abandono o cambio del empleador. Pero, más que la reforma administrativa, lo que contribuyó radicalmente al bienestar de la tribu fue, una vez más, la “empresa inglesa”. Los ferrocarriles “cambiaron completamente la relación del trabajo con el capital” y eliminaron esa “razón natural para la esclavitud, a saber, la falta de un fondo salarial para trabajadores libres”. La demanda de jornaleros para los distritos productores de té de la región de Assam “estaba llamada además a mejorar la posición de los santales”, al igual que los estímulos para enviar culíes con contratos de

trabajo a las Islas Mauricio y del Caribe. Fue así como el campesino tribal prosperó gracias al desarrollo de un vasto mercado de trabajo en el subcontinente y en las demás posesiones del Imperio Británico. En los fértiles y bien cultivados campos de té de la región de Assam “toda su familia obtiene empleo y cada niño adicional, en lugar de ser una forma de incrementar su pobreza, se vuelve una fuente de riqueza”, mientras que los culíes regresaban de África o de las Indias Occidentales “al expirar su contrato con ahorros que promedian las 20 libras esterlinas, una suma suficiente como para que un santal se establezca como propietario considerable en su propia aldea”.

Muchas de estas supuestas mejoras fueron —como sabemos ahora si las vemos en retrospectiva a lo largo del siglo— el resultado de puras ilusiones o tan efímeras que no contaron para nada. La conexión entre usura y trabajo cautivo continuó durante todo el gobierno británico y hasta bien entrada la época de la India independiente. La libertad del mercado de trabajo estuvo seriamente restringida por la falta de competencia entre el capital británico y el local. El empleo de familias tribales en las plantaciones de té se transformó en una fuente de explotación cínica del trabajo de mujeres y niños. Las ventajas de la movilidad y de la regulación laboral por medio de contratos fueron anuladas por las irregularidades en el proceso de reclutamiento y la manipulación de los factores contrarios de dependencia económica y diferenciación social de los *arkatis*. El sistema de contratación contribuyó menos a liberar el trabajo servil que a desarrollar una especie de segunda servidumbre, y así sucesivamente.

Sin embargo, esta visión que nunca se materializó nos permite hacernos una idea del carácter de este tipo de discurso. La perspectiva inspirada por ella equivalió, de hecho, a una profesión de fe en el colonialismo. Allí el *hool* se asimiló a la trayectoria del Raj, y el esfuerzo militante emprendido por un campesinado tribal para liberarse del triple yugo del *sarkari*, *sahukari* y *zamindari* se asimiló a la “empresa inglesa”: la infraestructura del Imperio. Por lo tanto, el objetivo enunciado al inicio del relato se pudo reiterar al final, cuando el autor dice que escribió al menos “en parte por la lección que [la] historia reciente [de los santales] daba en cuanto al método adecuado para manejar a las razas aborígenes”. La supresión de las revueltas locales del campesinado local fue parte de este método, pero incorporado ahora a una estrategia más amplia destinada a abordar los problemas económicos del gobierno británico en la India, como un elemento de los problemas globales de las políticas imperiales. “Éstos son los problemas”, dice Hunter al concluir el capítulo, “que se le pedirá a los hombres de Estado indios que resuelvan durante los próximos cincuenta años. Sus predecesores le dieron la civilización a la India; su deber será lograr que esa civilización sea a la vez beneficiosa para los nativos y segura para nosotros”. Dicho en otras palabras, a esta historiografía se le asignó un papel dentro de un proceso político que habría de garantizar la seguridad del Raj mediante una combinación de fuerza para aplastar la rebelión cuando se produjera y de reformas para conjurarla de antemano arrancando al campesinado tribal de sus bases rurales y

distribuyéndolo como mano de obra barata para que el capital británico lo explotara en la India y en el extranjero. La prosa abiertamente agresiva y nerviosa de la contrainsurgencia, nacida de las preocupaciones de los primeros días coloniales, llegó a adoptar así, dentro de este género de escritura histórica, el lenguaje firme pero benigno, autoritario pero comprensivo, de un imperialismo maduro y seguro de sí.

X

¿Cómo es posible que ni siquiera el tipo más liberal de discurso secundario sea capaz de liberarse del código de la contrainsurgencia? Pese a las ventajas de escribir en tercera persona y abordar un pasado bien determinado, el oficial metido a historiador sigue estando muy lejos de ser imparcial en lo que respecta a los intereses oficiales. Su compasión por los sufrimientos de los campesinos y su comprensión de lo que los condujo a la rebelión no le impiden —a la hora de la verdad— ponerse del lado del orden público y justificar que la campaña contra el *hool* fuera transferida de manos civiles a militares, a fin de aplastarla completa y rápidamente. Y como dijimos antes, su partidismo respecto del resultado de la rebelión se equipara con su compromiso con las metas e intereses del régimen. El discurso de la historia, apenas distinguible de la política, termina por absorber las preocupaciones y objetivos de esta última.

En esta afinidad con la política se revela el carácter de forma de *conocimiento colonialista* de la historiografía. Esto es, ésta se deriva directamente de ese conocimiento que la burguesía usó durante el periodo de su ascenso para interpretar el mundo a fin de dominarlo y establecer su hegemonía sobre las sociedades occidentales, pero que transformó en un instrumento de opresión nacional cuando empezó a conquistar para sí “un lugar seguro bajo el sol”. Fue así como la ciencia política, que había definido el ideal del ciudadano para los Estados-nación europeos, en la India colonial se usó para establecer instituciones y hacer leyes destinadas específicamente a generar una ciudadanía amansada y de segunda clase. La economía política que se desarrolló en Europa como una crítica del feudalismo, en la India pasó a promover un sistema neofeudal de la tenencia de la tierra basado en terratenientes. La historiografía también se adaptó a las relaciones de poder existentes bajo el Raj y quedó enganchada cada vez más al servicio del Estado.

Fue gracias a esta conexión y a una buena cantidad de talento para respaldarla, que esta escritura histórica sobre temas del periodo colonial se configuró como un discurso altamente codificado. Al funcionar dentro del marco de una afirmación multilateral del gobierno británico en el subcontinente, dicho discurso asumió la función de representar el pasado reciente de su gente como “la Obra de Inglaterra en la India”. Verdadero discurso de poder, hizo que cada uno de sus momentos se desplegara como un

triunfo, esto es, como el retoño más favorable entre un gran número de posibilidades conflictivas para el régimen en cualquier tiempo particular. Así pues, en su forma madura, como en los *Annals* de Hunter, la continuidad figura como uno de sus aspectos necesarios y cardinales. A diferencia del discurso primario, no puede tolerar ser escorzado ni privarse de una continuación. El acontecimiento no constituye su único contenido, sino es el término medio entre un comienzo que sirve como contexto y un final que es, al mismo tiempo, una perspectiva ligada a la siguiente secuencia. El único elemento constante en esta serie ininterrumpida es el Imperio y las políticas necesarias para salvaguardarlo y perpetuarlo.

Al funcionar dentro de este código, Hunter, pese a toda la buena voluntad que tan solemnemente anuncia en su nota dedicatoria (“Estas páginas... tienen poco que decir respecto de la raza gobernante. Mi asunto es con el pueblo”), transcribe la historia de una lucha popular como una historia en la que el sujeto real no es el pueblo, sino en realidad “la raza gobernante” institucionalizada como el Raj. Al igual que cualquier otra narración de este tipo, su relato del *hool* también está ahí para celebrar una continuidad: la del poder británico en la India. Las causas y reformas enunciadas no son más que los requerimientos estructurales de este *continuum*, al que le proporcionan, respectivamente, contexto y perspectiva. Éstos sirven en forma admirable para registrar el acontecimiento como un hito en la historia de vida del Imperio, pero no hacen nada para iluminar esa conciencia que se llama insurgencia. El rebelde no tiene lugar en esta historia como el sujeto de la rebelión.

XI

No existe nada en el discurso terciario que compense esta ausencia. Mucho más alejado en el tiempo de los acontecimientos que son su tema, siempre los considera en tercera persona. En la mayoría de los casos se trata de la obra de escritores ajenos a los ámbitos oficiales o de antiguos funcionarios que ya no tenían ninguna obligación profesional ni estaban constreñidos a representar el punto de vista del gobierno. Si por casualidad este discurso sustenta un punto de vista oficial es sólo porque el autor ha escogido hacerlo por voluntad propia y no porque haya sido condicionado a hacerlo debido a alguna lealtad o fidelidad basadas en su involucramiento en la administración. Hay en verdad algunas obras históricas que realmente revelan tal preferencia y que son incapaces de hablar con una voz que no sea la de los custodios del orden público: ejemplo de un discurso terciario que regresa a ese estado de tosca identificación con el régimen, tan característica del discurso primario.

Pero hay otros lenguajes muy diferentes dentro de este género, cuyas tendencias van de liberales a izquierdistas. Estos últimos son particularmente importantes por ser quizás los más influyentes y prolíficos

de todas las numerosas variedades de discurso terciario. A ellos les debemos algunos de los mejores estudios sobre la insurgencia campesina en la India y cada vez aparecen más y más de éstos, evidencia tanto de un creciente interés académico en el tema, como de la importancia que tienen los movimientos subalternos del pasado para las tensiones contemporáneas en nuestra parte del mundo. Esta literatura se distingue por su esfuerzo por escaparse del código de la contrainsurgencia; adopta el punto de vista del insurgente y junto con él ve como “muy bien” lo que el otro lado llama “terrible”, y viceversa. No le deja duda al lector de su deseo de que gane el rebelde y no sus enemigos. Aquí, a diferencia de lo que sucede en el discurso secundario de tipo imperialista-liberal, el reconocimiento de las iniquidades cometidas contra los campesinos conduce directamente al apoyo de su lucha por buscar un desagravio mediante las armas.

Estos dos tipos, sin embargo, tan diferentes uno del otro y tan opuestos en la orientación ideológica, tienen en común muchas cosas más. Tomemos, por ejemplo, esa notable contribución del trabajo académico radical, el *Bharater Krishak—bidroha O Ganatantrik Samgram*,²⁷ de Suprakash Ray, y comparemos su relato del levantamiento santal de 1855 con el de Hunter. Ambos textos son reproducciones similares en cuanto narraciones. Como el trabajo de Ray es el más tardío, tiene todas las ventajas de contar con investigaciones más recientes como la de Datta, y así está mejor documentado. Pero gran parte de lo que tiene que decir acerca del inicio y desarrollo del *hool* está tomado de los *Annals* de Hunter, y de hecho citados directamente de esa fuente.²⁸ A su vez, ambos autores recurren al artículo de la *Calcutta Review* (1856) para obtener gran parte de sus datos. Así, muy poco de la descripción de este acontecimiento en particular cambia significativamente en los tipos de discurso secundario y terciario.

Tampoco hay mucho que distinguir entre ambos textos en términos de su admiración por el valor de los rebeldes y su aborrecimiento de las operaciones genocidas que montaron las fuerzas contrainsurgentes. De hecho, en estos dos puntos Ray reproduce *in extenso* el testimonio de Hunter —obtenido de primera mano de oficiales directamente involucrados en la campaña— de que los santales “no sabían qué era rendirse”, mientras que para el ejército “no era una guerra [...] era una ejecución”.²⁹ La simpatía expresada hacia los enemigos del Raj en el discurso terciario no sobrepasa en nada la del discurso secundario colonialista. De hecho, para ambos el *hool* fue una lucha eminentemente justa, evaluación que se deriva de su acuerdo acerca de los factores que la provocaron. Terratenientes infames, usureros extorsionadores, comerciantes deshonestos, policía venal, funcionarios irresponsables y procesos legales amañados: todo figura con igual peso en ambos relatos. Los dos historiadores utilizan los datos sobre el tema publicados en la *Calcutta Review* y, para gran parte de su información acerca del endeudamiento y la esclavitud por servidumbre de los santales, acerca de la opresión por parte de los prestamistas y

terratenientes y la connivencia administrativa con todo esto, Ray una vez más se basa mucho en Hunter, como lo revelan los extractos que cita generosamente de la obra de este último.³⁰

Sin embargo, los dos escritores usan la causalidad para desarrollar perspectivas enteramente distintas. La exposición de causas desempeña el mismo papel en el relato de Hunter que en cualquier otra narración de tipo secundario; esto es, como un aspecto esencial del discurso de la contrainsurgencia. A este respecto, sus *Annals* pertenecen a una tradición de la historiografía colonialista que, para este acontecimiento en particular, queda típicamente ejemplificada por el racista y vindicativo ensayo titulado “The Sonthal Rebellion”. Aquí el funcionario, obviamente informado pero de mentalidad inflexible, atribuye el levantamiento —tal como lo hace Hunter— al fraude de los banias [casta de mercaderes y comerciantes hindúes], a la transacción *mahajani* [usurera], al despotismo zamindari y a la ineficiencia sarkari [del gobierno]. Muy en la misma veta, *Personal Adventures* de Thornhill con bastante claridad explica que el levantamiento rural del periodo del Motín en Uttar Pradesh se debió al desmoronamiento de las relaciones agrarias tradicionales provocado por el advenimiento del gobierno británico. O'Malley identifica como la raíz del *bidroha* [rebelión, insurgencia] de Pabna, de 1873, a las rentas exorbitantes cobradas por los terratenientes y, en cuanto a la Comisión de Motines del Deccan, los disturbios de 1875 se debieron a la explotación del campesinado kunbi [casta agrícola muy extendida por toda la India excepto en el sur] por parte de prestamistas extranjeros en los distritos de Poona y Ahmednagar.³¹ Podríamos seguir añadiendo muchos otros acontecimientos y textos a esta lista. El espíritu de todos éstos queda bien representado en el siguiente extracto de las *Resoluciones del Departamento Judicial* del 22 de noviembre de 1831, sobre el tema de la insurrección encabezada por Titu Mir:

La seriedad de la naturaleza de los últimos disturbios en el distrito de Baraset transforma en asunto de trascendental importancia que se *investigue* en profundidad *la causa* que les dio origen, a fin de que los motivos que pusieron en actividad a los insurgentes puedan *comprenderse* rectamente y se adopten las medidas que se juzguen necesarias *para prevenir una recurrencia de desórdenes similares*.³²

Esto lo resume todo. Conocer la causa de un fenómeno ya es un paso tomado en la dirección de controlarlo. *Investigar* la causa de los disturbios rurales y, por lo tanto, *comprenderla* constituye una ayuda para medidas “que se juzguen necesarias *para prevenir una recurrencia de desórdenes similares*”. Con ese fin, el corresponsal de la *Calcutta Review* (1856) recomendaba “ese merecido castigo”, esto es:

que a ellos [los santales] habría que cercarlos y buscarlos en todas partes [...] que habría que obligarlos, por la fuerza si es necesario, a regresar al Damin-i-koh, y a la región devastada en Bhaugulpore y Beerbhoom, para reconstruir las aldeas en ruinas, restaurar para el cultivo los campos desolados, abrir caminos y adelantar las obras públicas generales; y hacer esto bajo vigilancia y guardia [...] y que este estado de cosas habría que continuarlo hasta que ellos estén completamente tranquilizados y reconciliados con su obediencia.³³

La alternativa más moderada que planteaba Hunter era, como ya vimos, una combinación de Ley Marcial para suprimir una rebelión sostenida y medidas para que tras la represión la “Empresa inglesa” cumpliera su cometido (como había planteado su compatriota) de absorber al campesinado revoltoso como mano de obra barata en la agricultura y las obras públicas para beneficio respectivo de los mismos *dikus* [intrusos, *outsiders*] e ingenieros de ferrocarril y de caminos contra los cuales los santales se habían levantado en armas. Pese a todas sus variaciones de tono, no obstante ambas prescripciones para “hacer [...] imposible la rebelión permitiendo el ascenso de los santales”³⁴ —a decir verdad, todas las soluciones colonialistas a las que se llegaba mediante la explicación causal de nuestros levantamientos campesinos— iban en beneficio de una historiografía comprometida en asimilarlos al Destino trascendental del Imperio Británico.

XII

En el relato de Ray la causalidad sirve para enganchar el *hool* a un tipo de Destino bastante diferente. Pero Ray sigue los mismos pasos que Hunter —esto es, *contexto-acontecimiento-perspectiva* alineados en un *continuum* histórico— para llegar allí. Existen algunos paralelismos obvios en la manera que el acontecimiento adquiere un contexto en las dos obras. Ambas se inician con la prehistoria (que Ray trata más brevemente que Hunter) y continúan con un repaso del pasado más reciente, a partir de 1790, cuando la primera tribu hizo contacto con el régimen. Para ambos es allí donde se encuentra la causa de la insurrección, pero con una diferencia. Para Hunter los disturbios tuvieron su origen en una enfermedad local en un cuerpo que en lo demás estaba sano: la falla de una administración distrital para estar a la altura del ideal, entonces en surgimiento, del Raj como el *ma-baap* [madre patria] del campesinado y protegerlo de la tiranía de los elementos perversos dentro de la sociedad nativa misma. Para Ray fue la presencia misma del poder británico en la India lo que incitó a los santales a rebelarse, pues sus enemigos, los terratenientes y los prestamistas, debían su autoridad e incluso su existencia a los nuevos arreglos en la propiedad de la tierra introducidos por el gobierno colonial y el acelerado desarrollo de una economía monetaria bajo su impacto. El levantamiento constituía, pues, una crítica no sólo a una

administración local sino al colonialismo en sí. En realidad, Ray usa la propia evidencia de Hunter para llegar a una conclusión muy distinta, de hecho opuesta:

Las propias afirmaciones de Hunter prueban claramente que la responsabilidad de la extrema miseria de los santales la tiene el sistema administrativo inglés tomado como un todo, junto con los zamindares y los mahajans. Porque fue el sistema administrativo inglés el que creó a los zamindares y los mahajans a fin de satisfacer su propia necesidad de explotación y gobierno, y los ayudó directa e indirectamente ofreciéndoles su protección y patrocinio.³⁵

Al ver al colonialismo, es decir, al Raj como un sistema, y al identificarlo todo (más que a alguna de sus deficiencias locales) como la causa primordial de la rebelión, el resultado de ésta adquiere valores radicalmente diferentes en los dos textos. Mientras que Hunter es explícito en su preferencia por una victoria a favor del régimen, Ray está en la misma medida a favor de los rebeldes. Y en correspondencia con esto, cada uno tiene una perspectiva que sobresale en agudo contraste con la del otro. Para Hunter, se trata de la consolidación del gobierno británico sobre la base de una administración reformada que ya no provoca *jacqueries* por su incapacidad para proteger a los *adivasis* de los explotadores nativos, sino que los transforma en una mano de obra abundante y móvil empleada con prontitud y provecho por los terratenientes indios y la “empresa inglesa”. Para Ray, el acontecimiento es “el precursor de la gran rebelión” de 1857 y un eslabón vital en una lucha prolongada del pueblo indio, en general, y de los campesinos y obreros, en particular, contra sus opresores extranjeros e indígenas. La insurrección armada de los santales, dice Ray, le indicó un camino al pueblo indio. “Gracias a la gran rebelión de 1857, ese camino particular se desarrolló hasta transformarse en la amplia carretera de la lucha de la India por la libertad. Esta carretera se extiende hacia el siglo xx. El campesinado indio se encuentra en su marcha a lo largo de esa misma carretera”.³⁶ Así, al ajustar el *hool* a una perspectiva de lucha continua de las masas rurales, el autor bebe en la fuente de una tradición bien establecida de la historiografía radical, como lo prueba, por ejemplo el siguiente extracto de un panfleto que se leyó ampliamente en los círculos políticos de izquierda hace cerca de treinta años:

El clarín de las batallas mismas de la insurrección ya se apagó. Pero sus ecos han seguido vibrando a través de los años, haciéndose cada vez más fuertes a medida que más campesinos se unían a la lucha. El llamado del clarín que convocó a los santales a la batalla [...] habría de oírse en otras partes del país cuando se produjo la Huelga del índigo de 1860, el Levantamiento de Pabna y Bogra de 1872, el Levantamiento campesino maratha en Poona y Ahmednagar en 1875-1876. Finalmente habría de confluir en la exigencia masiva del campesinado de todo el país para que terminara la opresión de los zamindares y los prestamistas [...] ¡Gloria a los inmortales santales quienes [...] mostraron el camino

de la batalla! Desde entonces el estandarte de la lucha militante ha pasado de mano en mano a todo lo largo y ancho de la India.³⁷

El poder de este pensamiento asimilativo acerca de la historia de la insurrección campesina queda ilustrado aún más por las concluyentes palabras de un ensayo escrito por un veterano del movimiento campesino, que fue publicado por la Pashchimbanga Pradeshik Krishak Sabha, en vísperas del centenario de la revuelta santal. Dice:

Las llamas del fuego encendido por los mártires campesinos de la insurrección santal hace cien años se han extendido por muchas regiones en toda la India. Esas llamas se pudieron ver ardiendo en la rebelión de los cultivadores de índigo en Bengala (1860), en el levantamiento de los raiyats [arrendatarios y labriegos] de Pabna y Bogra (1872), en el del campesinado maratha del Deccan (1875-1876). El mismo fuego se encendió una y otra vez en el curso de las revueltas de los campesinos moplah de Malabar. Ese fuego aún no se ha extinguido, continúa ardiendo en los corazones de los campesinos indios [...].³⁸

Resulta muy claro que el propósito de un discurso terciario como éste es tratar de rescatar la historia de la insurgencia de ese *continuum* concebido para asimilar cada *jacquerie* a la “obra de Inglaterra en la India” y disponerla a lo largo del eje alternativo de una prolongada campaña por la libertad y el socialismo. Sin embargo, al igual de lo que sucede con la historiografía colonialista, este discurso también equivale a un acto de apropiación que excluye al rebelde como el sujeto consciente de su propia historia y lo incorpora tan sólo como un elemento contingente en otra historia con otro sujeto. De igual manera que no es el rebelde sino el Raj el sujeto real del discurso secundario y la burguesía india el del discurso terciario del género “Historia de la lucha por la Libertad”, así *una abstracción* llamada “Obrero y Campesino”, *un ideal más que la personalidad histórica real del insurgente*, se forma para que la reemplace en el tipo de literatura que acabamos de examinar.

Decir esto no significa, por supuesto, negar la importancia política de tal apropiación. Puesto que toda lucha por el poder llevada a cabo por las clases históricamente en ascenso en cualquier época implica un intento por adquirir una tradición, resulta completamente apropiado al orden las cosas que los movimientos revolucionarios de la India se arrogaran el derecho de considerar a la rebelión santal de 1855, entre otras, como parte de su herencia. Pero por más nobles que sean la causa y el instrumento de esa apropiación, esto conduce a que la conciencia del insurgente sea mediada por la del historiador; esto es, una conciencia pasada es mediada por una conciencia condicionada por el presente. La distorsión que se deriva necesaria e inevitablemente de este proceso es una función de ese hiato entre el tiempo del

acontecimiento y el tiempo del discurso que hace que la representación verbal del pasado sea menos que fiel, en el mejor de los casos. Y como en este ejemplo en particular el discurso es acerca de propiedades de la mente —acerca de actitudes, creencias, ideas, etc., más que de cosas externas que son más fáciles de identificar y describir— la tarea de la representación se hace aún más complicada que de costumbre.

No hay nada que la historiografía pueda hacer para eliminar del todo tal distorsión, pues ésta se haya incorporada dentro de su óptica. Lo que sí puede hacer, empero, es reconocer esa distorsión como paramétrica —como una condicionante que determina la forma del ejercicio mismo— y dejar de pretender que puede captar *por completo* una conciencia pasada y reconstituirla. Entonces, y sólo entonces, la distancia entre esta última y la percepción del historiador podrá reducirse de manera bastante significativa como para que equivalga a una cercana aproximación, que es a lo mejor que se puede aspirar. La brecha, tal como está por ahora, es realmente tan grande que hay mucho más que un grado irreductible de error en la literatura existente sobre este punto. Incluso una breve ojeada a algunos de los discursos sobre la insurgencia de 1855 corroboraría esto.

XIII

La religiosidad fue, según todos los relatos, un aspecto central del *hool*. La noción de poder que lo inspiró estuvo constituida por ideas y se expresó mediante palabras y actos que tenían un carácter explícitamente religioso. No se trataba de que el poder fuera un contenido envuelto en una forma externa a él llamada religión, sino que ambos estaban inseparablemente mezclados como el significado y su significante (*vagarthaviva samprktau*) en el lenguaje de esa violencia masiva. De allí la atribución del levantamiento a un mandato divino más que a cualquier injusticia en particular; la práctica de rituales tanto antes (por ejemplo, ceremonias propiciatorias para prevenir el apocalipsis de las Serpientes Primitivas, Lag y Lagini, la distribución de *tel-sindur*, etc.), como durante el levantamiento (por ejemplo, la adoración de la diosa Durga, el baño en el Ganges, etc.); la generación y circulación del mito en su vehículo característico, el rumor (por ejemplo, acerca del advenimiento del “ángel exterminador” encarnado como búfalo, el nacimiento de un héroe prodigioso de una virgen, etc.).³⁹ La evidencia sobre este punto es inequívoca y amplia. Las declaraciones que tenemos de los protagonistas principales y de sus seguidores son todas enfáticas y realmente insisten sobre este aspecto de su lucha, como debería resultar claro incluso de los pocos extractos de los materiales usados como fuentes reproducidos en el Apéndice de este ensayo. En suma, en este caso no es posible hablar de insurgencia sino como una conciencia religiosa —esto es, excepto como una demostración masiva de autoalienación (para tomar prestado el término de Marx para la esencia misma de la religiosidad) que hacía que los rebeldes consideraran que su proyecto dependía

de una voluntad diferente de la suya: “Kanoo y Seedoo Manjee no están peleando. El Thacoor mismo peleará”.⁴⁰

¿Con qué autenticidad se representó esto en el discurso histórico? En la correspondencia oficial del momento se le identificó como un caso de “fanatismo”. La insurrección ya tenía tres meses y seguía siendo fuerte cuando J. R. Ward, el Comisionado especial y uno de los administradores más importantes de la región de Birbhum, escribió con cierta desesperación a sus superiores en Calcuta: “No he sido capaz de rastrear el origen la insurrección en Beerbhoom hasta algo que no sea el *fanatismo*”. El lenguaje que usó Ward para describir el fenómeno era típico de la respuesta conmocionada y culturalmente arrogante del colonialismo del siglo XIX, ante cualquier movimiento radical inspirado por una doctrina no cristiana entre una población sometida: “Estos santales fueron llevados a unirse a la rebelión por un proselitismo, claramente rastreable hasta su feligresía en Bhaugulpore, de que un Ser Poderoso e inspirado apareció como el redentor de su Casta & su *ignorancia & superstición* fue fácilmente transformada en un *frenesí religioso* que está dispuesto a todo”.⁴¹ Ese lenguaje también está presente en el artículo de la *Calcutta Review*. Allí se reconoce al santal como “un hombre eminentemente religioso” y su rebelión como un paralelo de otras ocasiones históricas en las que “*el espíritu fanático de la superstición religiosa*” se ha “esgrimido para fortalecer y alentar una disputa que ya estaba a punto de estallar y que se basaba en otros fundamentos”.⁴² Sin embargo, el autor le da a esta identificación un sesgo significativamente diferente del que hay en el informe citado antes. Allí un obcecado Ward, atrapado en el estallido del *hool*, resulta estar impresionado por la espontaneidad de “un frenesí religioso [...] dispuesto a todo”. En cambio, el artículo que se escribió después de que el régimen hubo recuperado la confianza en sí mismo, gracias a la campaña militar para arrasar completamente las zonas perturbadas, interpreta la religiosidad como una trampa propagandística que usaron los líderes para sustentar la moral de los rebeldes. Al referirse, por ejemplo, a los rumores mesiánicos en circulación, decía: “Todos estos absurdos fueron, sin duda, *inventados* para mantener en alto el coraje del numeroso populacho”.⁴³ Nada es más elitista. Aquí se considera a los insurgentes como un “populacho” ciego, carente de voluntad propia y fácil de manipular por sus jefes.

Pero un elitismo como éste no es un rasgo tan sólo de la historiografía colonialista. El discurso terciario de la variedad radical también exhibe el mismo desdén por la conciencia política de las masas campesinas, cuando la religiosidad sirve de mediador. Como un ejemplo de esto, regresemos al relato de Ray sobre el levantamiento. Cita las siguientes líneas del artículo de la *Calcutta Review* en una traducción hasta cierto punto inexacta pero aún así claramente reconocible:

(dios) apareció ante la atónita mirada de Seedoo y Kanoo; él era como un hombre blanco aunque vestido al estilo nativo; en cada mano tenía diez dedos; sostenía un libro blanco, y escribió en él; el libro y con él 20 pedazos de papel [...] mostró a los hermanos; ascendió hacia arriba y desapareció. Otro pedazo de papel cayó en la cabeza de Seedoo, y entonces llegaron dos hombres [...] les señalaron el sentido de la orden de Thakoor, y ellos también se desvanecieron. Pero no hubo tan sólo una aparición del sublime Thakoor; cada día de la semana durante un corto periodo, él hizo conocer su presencia a sus apóstoles favoritos [...] En las páginas plateadas del libro y en las hojas blancas de los pedazos sueltos de papel, había palabras escritas; éstas luego fueron descifradas por santales instruidos, capaces de leer e interpretar; pero su significado ya había sido indicado suficientemente a los dos dirigentes.⁴⁴

Con algunos pequeños cambios de detalle (inevitables en un folklore vivo), éste es realmente un relato bastante auténtico de las visiones que los dos dirigentes santales creyeron tener. Sus declaraciones, reproducidas en parte en el Apéndice (extractos 3 y 4), lo confirman. Éstas, dicho sea de paso, no fueron pronunciamientos públicos destinados a causar un impacto en sus seguidores. A diferencia de “El *Perwannah* del Thacoor” (Apéndice: extracto 2), destinado a dar a conocer a las autoridades sus visiones antes del levantamiento, aquéllas eran las palabras de cautivos que enfrentaban una ejecución. Al ir dirigidas a los hostiles interrogadores en los campamentos militares, hubieran sido de muy poca utilidad como propaganda. Proferidas por hombres de una tribu que, a decir de todos todavía no había aprendido a mentir,⁴⁵ estas palabras representaban la verdad y nada más que la verdad para los que las dijeron. Pero eso no es lo que les reconoce Ray. Lo que en la *Calcutta Review* figura como una mera insinuación, en los comentarios introductorios de Ray acerca del pasaje citado antes se eleva a la condición de un elaborado ardid propagandístico:

Tanto Sidu como Kanu sabían que el eslogan (*dhwani*) que tendría el mayor efecto entre los santales *atrasados*, sería el que fuera religioso. Por lo tanto, *a fin de inspirar* a los santales a que lucharan, *ellos difundieron* la palabra acerca de las directivas de Dios en favor de lanzar tal lucha. La historia *inventada* (*kalpita*) por ellos es como sigue.⁴⁶

Aquí hay muy poco que difiera de lo que el escritor colonialista decía acerca del supuesto atraso del campesinado santal, los designios manipuladores de sus líderes y los usos de la religión como el medio para tal manipulación. A decir verdad, Ray es superior en cada uno de estos puntos y es con mucho el más explícito de los dos autores al atribuirle a los jefes rebeldes, sin evidencia alguna, una enorme mentira y un engaño patente. El invento es totalmente de Ray, y revela el fracaso de un radicalismo superficial para conceptualizar la mentalidad insurgente excepto en términos de un secularismo sin adulterar.

Incapaz de captar la religiosidad como la modalidad central de la conciencia campesina en la India colonial, Ray siente pudor de aceptar el papel mediador de la religiosidad en la idea de poder del campesino, con todas las contradicciones resultantes. Se ve obligado, por lo tanto, a racionalizar las ambigüedades de las políticas rebeldes asignándoles a los dirigentes una conciencia mundana y a sus seguidores una espiritual, haciendo de estos últimos inocentes víctimas de hombres astutos armados con todos los trucos de un político indio moderno que estuviera buscando los votos rurales. El lugar adonde esto conduce al historiador puede verse con más claridad en la obra posterior de Ray, cuando esta tesis se proyecta en un estudio acerca del *ulgulan* birsaita. Ray escribe allí:

A fin de propagar esta doctrina religiosa suya, Birsa adoptó *un nuevo truco (kaushal)*, tal como Sidu, el líder santal, lo había hecho en vísperas de la rebelión santal de 1885. Birsa sabía que los kol eran una gente *muy atrasada* y llena de *superstición religiosa*, como resultado de la propaganda misionera hindú-brahmánica y cristiana entre ellos durante un largo periodo. Por lo tanto, nada se lograría con evitar el asunto religioso si se quería liberar al pueblo kol de esas influencias religiosas enfermizas y conducirlo al camino de la rebelión. Antes bien, a fin de superar las malas influencias de las religiones hindú y cristiana sería necesario difundir entre ellos su nueva fe religiosa en nombre del mismo Dios de ellos, e introducir nuevas reglas. *Con este fin, había que recurrir a la falsedad, si era necesario, en interés del pueblo.*

Birsa *difundió* la noticia de que él había recibido esta nueva religión del mismo Sing Bonga, la deidad principal de los mundas.⁴⁷

De esta manera, el historiador radical se ve arrastrado, por la lógica de su propia obcecación, a atribuirle una deliberada falsedad a uno de los más grandes de nuestros rebeldes. Para Ray, la ideología de ese poderoso *ulgulan* no es más que una pura invención de Birsa. Y no es el único en hacer esta lectura distorsionada de la conciencia insurgente. Baskay le hace eco casi palabra por palabra cuando describe la afirmación del líder santal de contar con apoyo divino para el *hool* como una propaganda destinada “a inspirar a los santales para que se levantaran en una rebelión”.⁴⁸ Formulaciones como éstas dejan su huella en otros escritos del mismo género que solucionan el acertijo del pensamiento religioso entre los santales rebeldes ignorándolo por completo. Un lector que sólo contara con los alguna vez influyentes ensayos de Natarajan y Rasul como su única fuente de información acerca de la insurrección de 1855, apenas si sospecharía la existencia de alguna religiosidad en este gran acontecimiento. En esas obras, éste se representa *exclusivamente* en sus aspectos seculares. Por supuesto que esta actitud no está confinada a los autores discutidos en este ensayo. La misma mezcla de miopía y rechazo absoluto a considerar la evidencia presente caracteriza a gran cantidad de la literatura existente sobre el tema.

XIV

¿Por qué el discurso terciario, incluso el de la variedad radical, tiene tal renuencia a enfrentar el elemento religioso en la conciencia rebelde? Porque aún se encuentra atrapado en el paradigma que inspiró al discurso ideológicamente contrario (por colonialista) de los tipos primario y secundario. En cada caso se deriva de un rechazo a reconocer al insurgente como el sujeto de su propia historia. Pues una vez que una rebelión campesina se asimila a la trayectoria del Raj, la Nación o el Pueblo, al historiador le resulta fácil renunciar a su responsabilidad de explorar y describir la conciencia específica de esa rebelión contentándose con imputarle una conciencia trascendental. En términos operativos, esto significa negarle una voluntad a las masas rebeldes mismas y representarlas simplemente como un instrumento de otro tipo de voluntad. Es así como en la historiografía colonialista, la insurgencia se ve como la articulación de una pura espontaneidad enfrentada a la voluntad del Estado tal como quedaba encarnado en el Raj. Si a los rebeldes se les atribuye alguna conciencia, es sólo a unos pocos de sus dirigentes —casi siempre algunos miembros individuales o grupitos de la pequeña aristocracia terrateniente— a quienes se les reconoce esa conciencia. Es más, en la historiografía nacionalista-burguesa, la fuerza motivadora de los movimientos campesinos se lee como una conciencia de la élite. Esto ha llegado a cosas tan grotescas como describir la Rebelión del Índigo de 1860 como “el primer movimiento de masas no violento”,⁴⁹ y en general a todas las luchas populares de la India rural durante los primeros ciento veinticinco años del gobierno británico, como precursoras espirituales del Congreso Nacional Indio.

De manera muy similar, la historiografía radical tampoco ha logrado captar la especificidad de la conciencia rebelde. Esto se debe a que la encajaron en cierto concepto, según el cual las revueltas campesinas son una sucesión de acontecimientos ordenados según una línea de descendencia directa — como una herencia, como se le llama con frecuencia— en la que todos los constituyentes tienen el mismo pedigrí y repiten entre sí en su compromiso los más elevados ideales de libertad, igualdad y fraternidad. Desde esta perspectiva ahistórica de la historia de la insurgencia, todos los momentos de la conciencia se asimilan al momento último y más elevado de la serie: una Conciencia Ideal. Una historiografía dedicada a tal búsqueda (incluso cuando esto se hace, lamentablemente, en nombre del marxismo) no es apta para enfrentar las contradicciones que constituyen realmente el material del cual está hecha la historia. Como se supone que el carácter del Ideal es cien por ciento secular, sus adeptos, cuando se enfrentan a la evidencia de la religiosidad, tienden a apartar la mirada como si dicha evidencia no existiera, o la descartan como un fraude astuto pero bien intencionado que dirigentes ilustrados perpetraron contra los idiotas de sus seguidores; todo hecho, claro está, ¡“en interés del pueblo”! De esta manera, el rico material de mitos, rituales, rumores, esperanzas de una Edad de Oro y los miedos de un Fin del Mundo inminente, todo lo cual habla de la autoalienación del rebelde, se pierde en este discurso abstracto y estéril, el cual

puede hacer muy poco para iluminar esa combinación de sectarismo y militancia que es un rasgo tan importante de nuestra historia rural. La ambigüedad de tales fenómenos, patente durante el movimiento Tebhaga en Dinajpur —cuando los campesinos musulmanes que llegaban a la Kisan Sabha “a veces inscriben un martillo o una hoz en la bandera de la Liga Musulmana” y los jóvenes maulavis “recitan versos melódicos del Corán” en las reuniones aldeanas “mientras condenan el sistema *jotedari* y la práctica de imponer tasas de interés muy elevadas”⁵⁰—, quedará fuera de su comprensión. La rápida transformación de la lucha de clases en conflictos comunales y viceversa en nuestro mundo campesino suscita o bien una hábil apología o un simple gesto de vergüenza, pero no una explicación real.

Sin embargo, no es tan sólo el elemento religioso de la conciencia rebelde lo que esta historiografía no logra comprender. La especificidad de una insurrección rural se expresa en términos de muchas otras contradicciones, que también se excluyen. Enceguecido por el deslumbramiento de una conciencia perfecta e inmaculada, el historiador sólo ve, por ejemplo, solidaridad en el comportamiento rebelde y no logra ver su Otro, esto es, la traición. Comprometido inflexiblemente con la noción de insurgencia como un movimiento generalizado, subestima el poder de los frenos que ponen el localismo y el territorialismo. Convencido de que la movilización de un levantamiento rural procede exclusivamente de una autoridad originada en su totalidad en la élite, tiende a hacer caso omiso de la actuación de muchas otras autoridades dentro de las relaciones primordiales de una comunidad rural. Prisionero de abstracciones vacías, el discurso terciario, incluso el de tipo radical, se ha apartado de la prosa de la contrainsurgencia, hasta ahora, sólo por la declaración de una postura política. Todavía tiene que recorrer un largo camino antes de que pueda demostrar que el insurgente puede confiarse a su desempeño para recuperar su lugar en la historia.

ABREVIATURAS

CC: Colecciones de la Comisión Directiva, Archivos de la India Office (Londres).

CJ: Consultas Judiciales de Fort William en CC.

AJ: Actas Judiciales, Archivos del estado de Bengala Occidental (Calcuta).

MDS: *Maharaja Deby Sinha* (Territorio de Nashipur perteneciente al Raj [gobierno colonial de la India], 1914).

APÉNDICE

Extracto 1

Vine a saquear [...] Sidoo y Kaloo [Kanhu] se declararon Rajas & [dijeron que] saquerarían toda la región y tomarían posesión de ella —dijeron también, nadie puede detenernos porque es la orden de Takoor. Por esto todos vinimos con ellos.

Fuente: AJ, 19 de julio de 1855: Declaración de Balai Majhi (14 de julio de 1855).

Extracto 2

El Thacoor ha descendido en la casa de Seedoo Manjee, Kanoo Manjee, Bhyrub y Chand, en Bhugnudihee en Pergunnah Kunjeala. El Thacoor en persona está conversando con ellos, ha descendido del Cielo, está conversando con Kanoor y Seedoo, Los Sahibs y los soldados blancos pelearán. Kanoo y Seedoo Manjee no están peleando. El Thacoor mismo peleará. Por lo tanto ustedes Sahibs y Soldados pelean con el Thacoor mismo La Madre Ganges vendrá (a asistir) al Thacoor Fuego lloverá del Cielo. Si están satisfechos con el Thacoor entonces deben ir al otro lado del Ganges. El Thacoor ha ordenado a los santales que por un arado de buey se pague 1 *anna* de renta. Un arado de búfalo 2 annas El reino de la Verdad ha empezado La Verdadera justicia será administrada. A aquel que no habla la verdad no se le permitirá permanecer sobre la Tierra. Los Mahajuns [prestamistas] han cometido un gran pecado Los Sahibs y el *amlah* [funcionario menor de la corte] han hecho todo mal, en esto los Sahibs han pecado enormemente.

Aquellos que dicen cosas al Magistrado y aquellos que investigan los casos para él, cobran 70 u 80 rupias con gran opresión en esto los Sahibs han pecado. Por esto el Thacoor me ha ordenado que diga que la región no es de los Sahibs [...]

P.D. Si ustedes Sahibs están de acuerdo, entonces deben permanecer del otro lado del río Ganges, y si ustedes no están de acuerdo no pueden permanecer de aquel lado del río, lloveré fuego y todos los Sahibs serán asesinados por la mano de Dios en persona y Sahibs si pelean con mosquetes los santales no serán alcanzados por las balas y el Thacoor le dará a los santales los elefantes y caballos de ustedes por su propia voluntad [...] si ustedes pelean con los santales dos días serán como un día y dos noches como una noche. Ésta es la orden del Thacoor.

³ Los ejemplos son demasiado como para citarlos. Véanse, por ejemplo, MDS, pp. 46-47 y 48-49 acerca del *dhing* de Rangpur; CC 54222: Metcalfe & Blunt... to Court of Director, 10 de abril de 1832, párrafos 14-15 sobre el levantamiento de Barasat; W.W. Hunter, *Annals of Rural Bengal*, 7a. edición, Londres, 1897, pp. 237-238 y AJ, 4 de octubre de 1855: “The Thacoor’s Perwannah”, respecto del *hool* santal; C.E. Buckland, *Bengal Under the Lieutenant-Governors*, vol. I, Calcuta, 1901, p. 192, respecto del “Motín azul”. [Ver abreviaturas en p. 206.]

⁴ Véase, por ejemplo, MDS, pp. 579-580; *Freedom Struggle in Uttar Pradesh*, vol. IV, Lucknow, 1959, pp. 284-285 y 549.

⁵ J.C. Price, *The Chuar Rebellion of 1799*, p. *cl.* La edición de la obra que se usó en este ensayo es la impresa en A. Mitra (comp.), *District Handbooks: Midnapur*, Alipore, 1953, Apéndice IV.

⁶ CC 54222: CJ, 22 de noviembre de 1831: “Extracto de las Actas del Honorable Vicepresidente en Consejo en el Departamento Militar con fecha del 10 de noviembre de 1831”. Las cursivas son mías.

⁷ AJ, 19 de julio de 1855: Carta anexa a la carta del magistrado de Murshidabad, fechada el 11 de julio de 1855. Las cursivas son mías.

⁸ Así, CC 54222: CJ, 3 de abril de 1832: Alexander a Barwell (28 de noviembre de 1831).

⁹ Mi deuda con Roland Barthes por muchos de los términos analíticos y procedimientos utilizados en esta sección, y en general a través de todo este ensayo, debería resultarles más que obvia a todos aquellos que están familiarizados con su *Análisis estructural del relato*, Buenos Aires, 1970, y “The Struggle with the Angel” en Barthes, *Image-Music-Text*, Glasgow, 1977, pp. 79-141, y con “El discurso de la historia”, en José Sazbón (seleccionador), *Estructuralismo y literatura*, Buenos Aires, 1970, pp. 35-50, como para que sea necesaria una referencia detallada salvo donde cito directamente de estas obras.

¹⁰ Roland Barthes, *Análisis estructural del relato*, traducción de Beatriz Dorriots, Buenos Aires, 1970, p. 26.

¹¹ Émile Benveniste, *Problèmes de linguistique générale*, I, París, 1966, p. 126. El original, “la dissociation nous livre la constitution formelle; l’intégration nous livre des unités signifiantes”, fue traducido de modo algo diferente y siento yo, de forma menos adecuada, en la traducción al inglés de la obra, *Problems in General Linguistics*, Florida, 1971, p.107 [La cita en este texto se tradujo directamente del francés. N. de. T.].

¹² Barthes, *Análisis estructural*, 1970, p. 19.

¹³ Charles Bally, *Linguistique Générale et Linguistique Française*, Berna, 1965, p. 144.

¹⁴ Barthes, *Elements of Semiology*, Londres, 1967, p. 60.

¹⁵ Barthes, *Image-Music-Text*, p. 128.

¹⁶ Barthes, *Análisis estructural*, p. 13-14.

17 *Selected Works of Mao Tse-tung*, vol. I, Beijing, 1967, pp. 26-27.

18 Benveniste, *op.cit.*, p. 239.

19 *Freedom Struggle in Uttar Pradesh*, vol. V, pp. 685-692.

20 En lo que respecta a la exposición de Roman Jakobson acerca de este concepto clave véase su *Selected Writings, 2: Word and Language*, La Haya y París, 1971, pp. 130-147. Barthes desarrolla la noción de *organization shifters* (*shifters* o embragues de organización) en su ensayo "El discurso de la historia", en José Sazbón (seleccionador), *Estructuralismo y literatura*, Buenos Aires, 1970, pp. 35-50, en especial pp. 40-41 (trad. de Ana María Nethol). Todos los extractos citados en este párrafo han sido tomados de ese ensayo, salvo que se haga mención de otra cosa.

21 Price, *The Chuar Rebellion of 1799*, edición citada, p. *clx*.

22 *Ibid.*

23 Reginald G. Wilberforce, *An Unrecorded Chapter of the Indian Mutiny*, 2a. edición, Londres, 1894, pp. 76-77.

24 Debido a una nota aparecida en esta obra, parecería que partes de ella fueron escritas en 1866. La dedicatoria lleva la fecha 4 de marzo de 1868. Todas nuestras referencias a esta obra, con o sin citas, pertenecen al capítulo IV de la séptima edición, Londres, 1897, salvo que se señale otra cosa.

25 Barthes, *Image-Music-Text*, p. 112.

26 Anónimo, "The Sonthal Rebellion", *Calcutta Review*, 1856, pp. 223-264; K.K. Datta, "The Santal Insurrection of 1855-57", en *Anti-British Plots and Movements before 1857*, Meerut, 1970, pp. 43-152.

27 Vol. I, Calcuta, 1966, capítulo 13.

28 Para éstas véase *ibid.*, pp. 323, 325, 327, 328.

29 *Ibid.*, p. 337; Hunter, *op.cit.*, pp. 247-249.

30 Ray, *op.cit.*, pp. 316-319.

31 Anónimo, *op.cit.*, pp. 238-241; Thornhill, *op.cit.*, pp. 33-35; L.S.S. O'Malley, *Bengal District Gazetteers: Pabna*, Calcuta, 1923, p. 25; *Report of the Commission Appointed in India to Inquire into the Causes of the Riots which took place in the year 1875 in the Poona and Ahmednagar Districts of the Bombay Presidency*, Londres, 1878, *passim*.

32 CC 54222; CJ, 22 de noviembre de 1831, núm. 91. Las cursivas son mías.

33 Anónimo, *op.cit.*, pp. 263-264.

34 *Ibid.*, p. 263.

35 Ray, *op.cit.*, p. 318.

36 *Ibid.*, p. 340.

37 L. Natarajan, *Peasant Uprisings in India, 1850-1900*, Bombay, 1953, pp. 31-32.

38 Abdulla Rasul, *Saontal Bidroher Amar Kahini*, Calcutta, 1954, p. 24.

39 Los ejemplos son demasiado numerosos como para citarlos en un ensayo de esta extensión, pero para algunas muestras véase *Mare Hapram Ko Reak Katha*, cap. 79, en A. Mitra (comp.) *District Handbooks: Bankkura*, Calcuta, 1953.

40 Apéndice: Extracto 2.

41 AJ, 8 de noviembre de 1855: Ward al Gobierno de Bengala, 13 de octubre de 1855. Las cursivas son mías.

42 Anónimo, *op.cit.*, p. 243. Las cursivas son mías.

43 *Ibid.*, p. 246. Las cursivas son mías.

44 *Ibid.*, pp. 243-244. Ray, *op.cit.*, pp. 321-322.

45 Esto es generalmente aceptado, véase, por ejemplo, la observación de Sherwill acerca de que la verdad era "sagrada" para los santales, "que ofrecían a este respecto un brillante ejemplo a sus mentirosos vecinos, los bengalíes". *Geographical and Statistical Report of the District Bhaugulpoor*, Calcuta, 1854, p. 32.

46 Ray, *op.cit.*, p. 321. Las cursivas son mías.

47 Ray, *Bharater Baiplabik Samgramer Itihas*, vol. 1, Calcuta, 1970, p. 95. Las cursivas son mías. La frase subrayada en el pasaje citado se lee como sigue en el original en bengalí: "*Eijanyo prayojan hoiley jatir svarthey mithyar asroy grahan karitey hoibey*".

48 Dhirendranath Baskay, *Saontal Ganasamgramer Itihas*, Calcuta, 1976, p. 66.

49 Jogesh Chandra Bagal (comp.), *Peasant Revolution in Bengal*, Calcuta, 1953, p. 5.

50 Sunil Sen, *Agrarian Struggle in Bengal, 1946-1947*, Nueva Delhi, 1972, p. 49.